

EL NIÑO DE LA BOLA

ÍNDICE

LIBRO PRIMERO. EN LO ALTO DE LA SIERRA	7
I. Sinfonía	9
II. Nuestro héroe.....	11
III. Habla el coro.....	15
LIBRO SEGUNDO. ANTECEDENTES.....	23
I. La mosca y la araña	25
II. Finiquito.....	31
III. De cómo un niño dejó de serlo.....	34
IV. Un cura de misa y olla.....	35
V. El acreedor del usurero.....	38
VI. Soledad.....	45
VII. Varias y diversas opiniones de don Trinidad.....	48
VIII. Peripecia.....	58
IX. Operaciones estratégicas	64
X. El emplazamiento.....	73
LIBRO TERCERO. LA VUELTA DEL AUSENTE	85
I. La caída de la tarde	87
II. La realidad.....	91
III. De lo que aquella noche pensaron y dijeron los ha- bitantes de la ciudad.....	99
IV. Dos retratos por vía de entremés.....	103
V. De cómo se casó Antonio Arregui.....	108
LIBRO CUARTO. LA BATALLA.....	125
I. El cuartel general de <i>Vitriolo</i>	127
II. La procesión.....	143
III. Último vuelo de un par de perdices.....	161

IV. Los niños y los viejos.....	178
V. El rocío del alma	187
VI. Marcha triunfal.....	198
EPÍLOGO.....	205
I. Llegada de Desaix a Marengo	207
II. La rifa	217

AL
SEÑOR DON BRUNO MORENO

INGENIERO DE CAMINOS, CANALES Y PUERTOS,
Y MÁS POETA Y LITERATO QUE MUCHOS QUE LO SOMOS
DE OFICIO

*dedica esta novela
su fraternal amigo,*

P. A. DE ALARCÓN.

LIBRO PRIMERO
EN LO ALTO DE LA SIERRA

I SINFONÍA

Entre la vetusta ciudad, cabeza de obispado, en que ocurrieron los famosos lances de *El sombrero de tres picos*, y la insigne capital de aquella estacionaria provincia, donde hay todavía muchos moros vestidos de cristianos, álzase, como muralla divisoria de sus respectivos horizontes, un formidable contrafuerte de la sierra más erguida y elegante de toda España.

Cerca de diez leguas de espesor (las mismas que la capital y la ciudad distan entre sí) tiene por la base aquel enorme estríbo de la gran cordillera, mientras que su altura, graduada por término medio, será de seis o siete mil pies sobre el nivel del mar. Subir a tal elevación por retorcidas cuestas, y descender de allí luego por otras cuestas no menos retorcidas, es la tarea común de cuantos van o vienen de una a otra comarca; cosa que sólo podía hacerse, a la fecha en que principia nuestra relación, por un mal camino de herradura, convertido poco después en un mucho peor camino carretero.

Ahora bien, amigos lectores: el primer cuadro del drama romántico de chaqueta y rigurosamente histórico, aunque no político, que voy a contaros (tal y como aconteció, y yo lo presencié, entre la extinción de los frailes y la creación de la Guardia Civil, entre el suicidio de Larra y la muerte de Espronceda, entre el abrazo de Vergara y el pronunciamiento del general Espartero, en 1840, para decirlo de una vez), tuvo por escenario la cumbre de esa montaña, el promedio de ese camino, el tránsito del uno al otro horizonte; punto crítico y neutro, que dista cinco leguas de la ciudad y otras cinco de la capital, y en que, por ende, suelen encontrarse al mediodía y decirse: «¡A la paz de Dios, caballeros!», los viandantes que salieron al amanecer de cada una de ambas poblaciones.

Es aquél un paraje rudo, áspero y pedregoso, sin historia, nombre ni dueño, guardado por esquivos gigantes de pizarra, donde la naturaleza, virgen y tosca como salió de manos del Criador, vive pobremente, y, por tanto, sin muchos cuidados, entregada a la dulce rutina de sus invariables quehaceres. Tan árida y escabrosa es aquella región, que nadie ha entrado nunca en codicia de disputar a los animales silvestres el pacífico inmemorial disfrute de las escasas hierbas y atroces matorrales que festonean sus riscos; por lo que, ni siquiera hoy, después de la desamortización y venta de todo lo criado, figura tal arrabal del planeta en el catastro de la riqueza pública. Sin embargo, no vivían completamente a sus anchas, en la época en que va hecha mención, los inciviles y sueltos moradores de aquella majestuosa soledad; pues, amén de las importunidades ordinarias que a ciertas horas les ha acarreado siempre la vecindad del sendero humano, solía acontecer por entonces, con demasiada frecuencia, que ladrones en cuadrilla, o no en cuadrilla, armados de terribles trabucos, acechaban allí a los viajeros inofensivos, y aun a la misma justicia del Estado, como en lugar muy a propósito, por lo estratégico, para librar batalla a las leyes sociales.

El día de que tratamos (sábado 5 de abril), sería ya la una de la tarde, y aún no se había divisado alma viviente en aquel pavoroso recinto, cerrado a la vista por las ondulaciones de las montañas subalternas. Hallábanse, pues, solos y gustosísimos los pájaros, las bestiecillas montaraces y los reptiles e insectos que lo habitan; todos ellos doblemente regocijados y juguetones a la sazón, con motivo de haberse dignado subir a aquellas alturas, a pasar unos días en su compañía, la hermosa y galante primavera...

Allí estaba, sí, la pródiga deidad, y bien se conocía dondequiera el mágico influjo de sus gracias y donosura. En todas partes había flores: en las solanas, en las umbrías entre las peñas, en los mismos líquenes de las rocas, hasta en el tortuoso sendero frecuentado por el hombre, y, consiguientemente, en las cruces y lápidas conmemorativas de bárbaros asesinatos... Respirábase un aire cargado de aromas deleitosos. Los pajariillos se decían sus amores con breves y agudos píos, que tur-

baban, o hacían más notable y solemne, el hondo silencio del resto de la Creación... También se percibían de vez en cuando leves murmullos de arroyuelos que pugnaban por abrirse paso entre importunas guijas; pero muy luego cesaba el rumor, por haber hallado el agua más cómoda ruta... Pintadas mariposas revolaban de acá para allá, no menos lindas que las flores en que libaban, y más libres que ellas, mientras que tímidas alimañas y recelosas aves, codiciadas por los cazadores, retozaban descuidadamente aun en el odiado camino de herradura... ¡Todo, todo era paz, y amor, y delectación en la tierra y en el ambiente!... El mismo cielo sonreía, como un padre satisfecho de la ventura de sus hijos... Dijérase que el mundo acababa de ser criado... La infatigable naturaleza parecía una doncella de quince abriles.

De pronto, todos los animales se avisparon y echaron a correr o a volar, apartándose del camino, y una nube de polvo empañó la transparencia de la atmósfera hacia la parte de la capital...

Era que venía el hombre...

Y pues que el hombre solía pasar por allí, según hemos dicho, dando el mal ejemplo de temer hallarse con sus prójimos, nada tuvo de particular ni de ofensivo para el soberano de la Creación el que los humildes irracionales se apresurasen también de aquel modo a evitar su real presencia.

II

NUESTRO HÉROE

La indicada nube de polvo traía en su seno a un arrogante jinete, seguido de un arriero a pie y de tres soberbias mulas cargadas de equipaje.

El caballero, a juzgar por su figura y vestimenta y por el abigarrado aspecto de las tales cargas, parecía juntamente un feroz contrabandista y un indiano. También hubiera sido fácil suponerlo un capitán de bandidos de primera clase, que regresara a su guarida con el rico botín de alguna afortunada empresa.

Érase como de veintisiete años de edad; fino y elegante, aunque vestía de chaqueta (traje usado entonces en Andalucía por personas muy principales), y tan airoso, nervudo y bien formado, que habría podido servir de modelo para la famosa estatua del *Gladiador combatiente*. La mencionada chaqueta, así como el chaleco y el pantalón, o más bien calzón de montar, que llevaba, eran de punto azul muy ceñido al cuerpo, y concluía por abajo su equipo de unos botines o polainas de gamuza gris, con sendas espuelas de plata labrada, dignas éstas de un capitán general. Gruesos botones de muletilla, también de plata, orlaban hasta cerca del codo las bocamangas de la chaqueta y servían de botonadura al chaleco. Un pañuelo negro de crespón, anudado a la marinera, le servía de corbata, y negro era asimismo el rico ceñidor de seda china que ajustaba a modo de faja su esbelta cintura. En los puños y cuello de la camisa lucía costosos brillantes; pero ninguno de tanto valor como el que radiaba en el dedo meñique de su mano izquierda. Finalmente, el sombrero (que en aquel momento se acababa de quitar) era de finísima paja de color de café, ancho de alas y muy alto y puntiagudo, como los usan muchas gentes de América y de las Dos Sicilias —a cuya forma se da en Granada el pintoresco nombre de *sombrero de catite*.

Tan singular personaje, a quien sentaba perfectamente aquel raro atavío semiandaluz, semiexótico, llamaba la atención, más que por todo lo dicho, por la varonil hermosura de su cara. Que ésta habría sido de extraordinaria blancura, indicábalo aún aquella parte de su despejada y altiva frente que el sombrero solía proteger; pero en lo demás habíala quemado el sol por tal extremo, que su palidez marmórea reflejaba ya un tinte como de oro mate, cuyo tono igual y sosegado no carecía de hechizo. Eran negros y muy rasgados y grandes sus africanos ojos, medio dormidos a la sombra de largas pestañas; mas cuando súbitamente los abría del todo, excitado por cualquier idea o caso repentino, salía de ellos tanta luz, tanto fuego, tanta energía vital, que su mirada no podía soportarse. Esta mirada reunía a un mismo tiempo la temible majestad de la del león, la fiereza de la del águila y la inocencia de la del niño; sólo que era más triste que la del último y más tierna en

ocasiones que las de los citados reyes de las selvas y de los aires. Su abundante cabello, negro también y muy cortado por detrás, orlaba ampliamente la parte superior de la cabeza, semejando una rizada pluma tendida del lado izquierdo al derecho, lo cual daba mayor realce a aquella fogosa fisonomía. Completaban su peregrina belleza un perfil intachable, sirio más bien que griego; una boca escultural clásica, napoleónica, tan audaz como reflexiva, y, sobre todo, una barba negra, undosa, de sobrios aunque largos rizos, trasunto fiel de las nobles y celebradas barbas árabes y hebreas. En resumen, y para pintar con un solo rasgo tan interesante figura, diremos que, por su estilo oriental, por su selvática melancolía, por su atlética complexión, por la viril hermosura del semblante y por la grandeza del alma que resplandecía en sus ardientes ojos, cualquier aficionado a estudios artísticos hubiera comparado a nuestro héroe (prescindiendo de su grotesco traje y de los accesorios profanos que lo rodeaban) al terrible san Juan Bautista cuando regresó del desierto a la edad de veintinueve años.

Montaba el joven que tan minuciosamente hemos descrito un soberbio potro cordobés, negro como la endrina, enjaezado con silla a la española, sobre cuyo arzón iba sujeto un angosto maletín de vaqueta, y sobre cuya grupa ostentaba vivos y múltiples colores una manta mejicana de gran mérito, o, mejor dicho, lo que allí se denominaba un *zarape*. Armas... no llevaba en su persona ni en su cabalgadura; pero, hablando en verdad, de uno de los tres bagajes mencionados pendían juntas cuatro excelentes escopetas (dos de ellas con todos los honores de espingardas), que podían sacar de apuros a cualquier valiente...

Digamos algo del arriero. Su pantalón largo de tela veraniega; la chaquetilla de lienzo blanco que llevaba al hombro, a lo húsar; su faja encarnada, casi siempre desteñida y arrastrando; su sombrero calañés tirado atrás, y su fisonomía móvil y falsa como la de un comediante, denotaban al individuo de baja estofa del litoral malagueño; nacido en la playa, al aire libre; criado sin casa ni hogar; educado por los truhanes más listos del viejo y corrompido Mediterráneo, y capaz de todo lo malo y de todo lo bueno que pueda hacer un hom-

bre..., salvo decir la verdad dos veces seguidas, o rehusar una copa de aguardiente.

Por último, las cargas de las tres mulas se componían de cofres, maletas, arcas antiguas, cajones esterados, cestas y cuévanos de diversos tamaños y hechuras, y otra infinidad de líos de raras materias y formas. Recios manojos de larguísimos bambúes y de enormes y vistosas plumas empenachaban además gallardamente cada uno de estos bagajes; y, en fin, sobre el altísimo túmulo y copete del mayor de ellos veíase una gran jaula de hoja de lata, dentro de la cual se consumía de nostalgia el más corpulento y verde loro que haya atravesado nunca el océano Atlántico. Indudablemente, el apuesto joven, o la persona a quien hubiese robado (suponiendo que nos las hayamos con un bandido), acababa de llegar de América...

Nada podemos asegurar todavía sobre estas cosas. El mismo arriero las ignoraba a la sazón, según que dijo después, jurándolo por un puñado de cruces. Lo único que en tal punto y hora sabía era que el martes de aquella semana lo había buscado un fondista de Málaga para que condujese aquel voluminoso equipaje a la ciudad de que va hecha referencia; que el presunto indiano, feriante, contrabandista o salteador de caminos, llevaba ya entonces seis u ocho días de llamar la atención de los malagueños por su bizarro porte y raro y lujoso traje; que el magnífico potro en que ahora viajaba era muy conocido y envidiado en la población, como de la propiedad del marqués de ***, al cual podía muy bien habérselo comprado el forastero; que éste había vivido allí en la mejor fonda, dándose muy buen trato, pero que nadie había ido a visitarle; que en el libro del establecimiento estaba inscrita su entrada bajo el nombre de *Manuel Venegas*, y que *don Manuel* le decían, efectivamente, el amo y los mozos, aunque guiñándose muy luego, como dudando de que tal persona pudiera llamarse de modo tan cristiano; y, en fin, que durante las tres jornadas y media que llevaban de camino, nadie había dado muestras de conocer al misterioso joven, el cual era, por otra parte, de tan pocas palabras y tan fresco y valiente para no contestar a ciertas preguntas, que el arriero no había podido sacar de él más luz que muchos y buenos cigarros a todas horas, mucho arroz

con pollo en las posadas y muchos vasos de vino o de aguardiente en cuantas ventas o ventorrillos les iban saliendo al encuentro, cosas tanto más de agradecer, cuanto que el generoso donador no fumaba, ni bebía, ni apenas probaba bocado...

Réstanos hacer una advertencia, y es que, como el cruce de los viajeros procedentes de la capital con los que venían de la ciudad no solía verificarse (según ya hemos dicho) hasta que unos y otros llegaban a aquellas alturas de la sierra, nuestro joven y su especie de espolique no habían tropezado todavía con nadie el referido sábado, bien que ya comenzasen a oír a lo lejos el monótono cencerreo de una recua y algún que otro rasgo oratorio de arriero, de esos que hacen a las bestias encoger el rabo y salir al trote.

III

HABLA EL CORO

No tardó en aparecer al opuesto confín del reducido paisaje la tribu de jumentos anunciada por tan claros rumores, sobre la cual iban procesionalmente todos los pasajeros que aquel día habían tenido precisión de encaminarse de la ciudad a la capital, dado que entonces era sabia costumbre no hacer este viaje sino formando grandes caravanas, en evitación de tropiezos con la partida de ladrones del Tuerto B, del Chato X, del Manco H, o de cualesquiera otros *lisiados por la mano de Dios*—que siempre fueron los cabecillas más célebres y temidos—. Y, aun así, el encuentro solía tener lugar con derrota segura de los confederados viajeros.

Marchaba esta vez al frente de la comitiva una pareja de aceiteros del reino de Jaén, escoltada por muchos burros de vacío, sobre cuyas albardas yacían exánimes y por docenas los desocupados pellejos. Venían luego otros cuatro asnos de la misma recua convertidos en cabalgaduras de dos mujeres de fisonomía, edad y clase medianas, y de dos hombres por el mismo estilo, uno de ellos con gorra de cuartel, en que brillaba la modesta insignia de subteniente del Ejército, y el otro con medias negras de lana y todo el corte de sacristán

o de meritorio del oficio. Seguían unos cuantos mozalbetes (estudiantes, sin duda, que regresaban a la universidad después de las vacaciones de Semana Santa), los cuales andaban a pie por su gusto y para enredar más, pues allí tenían de sobra caballerías en que subirse; y cerraba la procesión el jefe de los aceiteros, cuya amplia faja debía de contener el producto contante y sonante de la venta del aceite, visto que montaba una mulilla muy vivaracha y retozona, pintiparada para volver grupas y ponerse en salvo al primer barrunto de amigos de lo ajeno. Las dos señoras (que bien merecían este dictado por su gravedad olímpica) iban en sendas jamugas, con sus correspondientes almohadas de cama y la indispensable colcha de percal (para mayor decoro); el subteniente, que era grueso, había tenido que sentarse a mujeriegas en el ancho y tosco aparejo de esparto, por miedo de abrirse hasta la cintura yendo a horcajadas, y el sacristán, en virtud de igual temor, aunque era de menos carnes, había optado por montar un borrico en pelo, del cual ya se había caído dos o tres veces.

Debemos apresurarnos a advertir que ninguno de estos vulgarísimos personajes tiene nada que ver con el presente drama, por más que figuren en él un momento como parte de la masa de gente anónima que los trágicos griegos llamaron *coro*, y que todavía manotea y canta en nuestras óperas y zarzuelas. Fíjese, pues, el lector en lo que esos coristas hablen, sin parar mientes en sus insignificantes personas, y se ahorrarán muchos quebraderos de cabeza.

—¡Ya están ahí! —exclamó el sacristán, tirándose al suelo, voluntariamente esta vez, al distinguir la nube de polvo en que venía envuelto nuestro protagonista.

—¿Quién dice usted que viene, hombre de Dios? —preguntó el militar.

—¡Los ladrones! ¿No los está usted viendo? ¿No sabe usted que éste es el sitio clásico de los robos?

—¡Ladrones, doña Paz! ¡Oh, ventura!... ¿No se lo dije a usted? —gritó alegremente uno de los estudiantes, acercándose a la menos fea de las dos mujeres y poniéndose a bailar delante de su burro.

—¡Ladrones!—¡Jesús me valga!—¡Ave María Purísima!—
¡San Antonio bendito!—¡Qué va a ser de mí!—Pues ¿y de
mí?—Capitán..., ¡no nos abandone usted!... —chillaron alter-
nativamente las dos hembras.

—¡No lloréis, oh, viudas! ¡Oh, divinidades de barbecho! ¡Oh,
Didos abandonadas por dos crueles difuntos en lo más florido
y hasta granado de vuestra mayor edad! —añadió otro estu-
diante—. ¡Vosotras, que tanto jugáis en esta batalla, pedid a Dios
lo que mejor os convenga! ¡En cuanto a mí, soy tan desdicha-
do, que ningún bien ni mal pueden hacerme los ladrones!

—¡Mano a las escopetas! —decía entretanto el subteniente
con voz de mando, dirigiéndose a los dos o tres aceiteros que
llevaban tales armas.

—¡Oh..., no! ¡Más vale rendirse!... —gimió el sacristán—.
La resistencia equivale a una muerte segura... ¿No es verdad,
señoras?

—¡Muchísima verdad!

—¡Deténgase usted, comandante!... —gritaron las dos viu-
das—. ¡Deténgase usted, y sea de nosotras lo que Dios quiera!

—Señoras... ¡No hay cuidado!... —pronunció uno de los
aceiteros con cierta sorna—. Cuando nos salgan verdaderos la-
drones, yo daré la voz de rompan filas.

—Pues ¿qué gente es aquélla? —preguntó el ascendido
mílite.

—Allí no viene más... —replicó el trajinante— que un ca-
ballero mejor montado que nosotros, en compañía de un
mozo a pie... ¡Me parece que la partida no es para asustarse
tanto!

—Pues ¿saben ustedes lo que digo? —exclamó otro escolar,
mirando de soslayo al guerrero de profesión—. Que aquel ca-
ballero andante es más valiente que todos nosotros juntos, su-
puesto que viaja menos acompañado.

—¡Oiga usted! —respondió el subteniente, que era cata-
lán—. ¡Si yo no vengo solo, no es porque necesite el auxilio
de botarates como usted!

—¡Jesús, qué hombres! —exclamó doña Paz, atravesando
su burro entre ambos contendientes—. ¡Siempre la tienen a
una con el alma en un hilo!

—¡No tiemble usted, doña Pavecita! —dijo el estudiante insultado, abrazándose a las robustas piernas de la jamona—. Que yo, por evitar a usted un disgusto, soy capaz de los mayores sacrificios de amor propio... ¡Y qué gorda está usted, y qué rica!...

—¡Insolente! —gritó la viuda, arreando su bestia para librarse del escolar—. ¡Si viviera mi Luis, no me vería yo en estos lances!... Espérese usted, doña Antonia... ¡Ay, qué niños! ¡Qué niños!...

A todo esto, el hombre a caballo se venía encima, y pronto se halló a distancia de ser examinado minuciosamente por la gente de la recua, con lo cual dio punto la centésima cuestión que llevaban armada aquel día los imberbes empecatados estudiantes.

—¡Buen mozo es el viajero! —dijo doña Paz a doña Antonia.

—¡Demasiado! —murmuró ésta, que se había puesto muy amarilla y que se restregaba los ojos, como no dando crédito a lo que veía...

—¡Hermoso caballo! —exclamaba por su parte el militar.

—¡Lo que trae ese hombre —observó un estudiante— es una vestimenta y un sombrero de todos los demonios! ¡Parece un húngaro de los que van a la ciudad a remendar calderas!

—¡Silencio, imprudente! —repuso el militar—. ¿No ve usted que lo va a oír?

En efecto; el gallardo joven pasaba ya por en medio de la comitiva, a la cual saludó gravemente, llevándose la mano al sombrero y sin articular palabra.

—¡Buenas tardes!... —¡A la paz de Dios!... ¡Vayan ustedes con Dios!... —contestaron expresivamente los de la ciudad, como muy agradecidos a que aquel encuentro no les hubiese costado caro.

—¡Salud, caballeros! ¡Vayan ustedes con la Virgen! —respondió el arriero de Málaga, quien, por lo visto, descansaba también de algún miedo.

Entretanto, nuestro buen sacristán había parado su burro, y estaba con la boca abierta viendo alejarse al hombre miste-

rioso... Santiguose, por último; metió los talones a su cabalgadura y se incorporó a la caravana lleno de espanto.

—Doña Paz..., doña Paz... —dijo entonces—. ¿No ha conocido usted a ése?

—Yo, no... Pero doña Antonia debe de haberlo conocido, y de resultas se ha puesto medio mala... ¿Quién es?

—¡Es el *Niño de la Bola*!

—¡Jesús! —exclamó doña Paz—. ¿Qué está usted diciendo?

—Lo que usted oye...

—Sí..., sí...; tiene usted razón... Pero ¡qué cambiado está!

—¿Y quién es el *Niño de la Bola*? —preguntó el subteniente—. ¿Algún bandido?

—No, señor... Es algo peor que eso... ¡Es el demonio en persona, aunque se haya criado en la iglesia..., y precisamente en la parroquia donde yo era sacristán!...

—Explíquese, buen amigo...

—Midan ustedes sus palabras... —interrumpió doña Paz—. Doña Antonia nos está oyendo, y don Bernardino sabe que es tía segunda de la interesada... En fin, ¡el señor me entiende! A mí no me gusta meterme en asuntos ajenos...

—El *Niño de la Bola* —prosiguió diciendo el sacristán— es el hombre más valiente y más atroz que Dios ha criado... ¡Una fiera, señor! ¡Una fiera en toda la extensión de la palabra!

—Pero *¡voto va deo!* —insistió el militar—. ¿Qué ferocidades ha hecho ese hombre? Y, sobre todo, ¿cómo se le permite que ande suelto por el mundo?

—Le diré a usted... Todos creíamos que había muerto... Hace ocho años que se marchó a las Indias, y yo no sé de dónde sale ahora... ¡Buen jaleo se va a mover en la ciudad en cuanto llegue!... ¡Muchísimo me alegro de no encontrarme allí estos días!

—Pero, ¡señor cura!, o ¡señor!..., vamos..., ¡lo que usted se denomine!... —replicó el subteniente—. ¡Acabe de reventar! ¿En qué se le ha conocido hasta ahora a ese hombre que sea una fiera? ¿Ha matado? ¿Ha robado? ¿Ha pegado fuego a alguna ciudad?

—No, señor... No ha hecho nada de eso; pero es porque no ha querido... ¡Tiene las fuerzas de un Sansón! ¡Bástele a usted

saber que él fue quien mató al oso que tantos estragos hacía en toda esta sierra en tiempos del rey absoluto!...

—Pues si mató al oso dio muestras de ser un hombre de bien... —repuso el catalán—. ¿Por qué compararlo entonces con el diablo?

—No niego yo que sea hombre de bien... ¡Lo que yo niego es que sea hombre!... ¿Digo bien, doña Paz? Y cuenta que yo le conozco como nadie, y hasta le he tenido cierto cariño; pues repito que fui sacristán de la parroquia que le sirvió de madre en su niñez... Pero conozco que es un león, un tigre..., una bestia feroz... Y si no, que se lo pregunten a la *Dolorosa*, o, mejor dicho, a la familia de ésta, ¡pobre Soledad! ¡Buenos ratos la aguardan ahora! ¡La mujer más bonita del mundo!...

—Don Bernardino, ¡cállese usted, por los clavos de Cristo! —interrumpió de nuevo la viuda—. ¡Doña Antonia es tía de Soledad, y nos está oyendo más muerta que viva!... Venga usted a ayudarme a distraerla y consolarla, y después, cuando pasemos del *Ventorrillo*, donde ya se acaba todo miedo de ladrones, nos adelantaremos un poco y charlaremos cuanto ustedes gusten. ¡Oh, ya verá usted, señor teniente! ¡Don Bernardino tiene razón! ¡En la ciudad van a suceder cosas tremendas con motivo de la vuelta de ese monstruo!... ¡Siento no estar allí para presenciarlas! Porque figúrese usted que el *Niño de la Bola*..., o sea Manuel Venegas, que tal es su verdadero nombre (pues su padre fue un caballero muy principal, aunque muy raro, descendiente, según dicen, de príncipes moros, cuya pícara sangre se le conoce bien a este chico en medio de sus buenos sentimientos), se empeñó en casarse..., quiero decir, se enamoró perdidamente...

—Señora, ¡cállese usted, por María Santísima! —interrumpió a su vez don Bernardino—. Doña Antonia no hace más que mirarnos, y la pobre está que da lástima verla...

—Dice usted bien... Voy a acompañarla... ¡Luego se lo contaré yo a usted todo, mi subteniente! Entretanto, señor don Bernardino, véngase a mi lado, no sea que vaya usted a aprovechar la ocasión para destriparme el cuento... ¡Espérese usted, Antoñita! ¡Arre, *Piñón*!

.....

No creemos que el lector tenga empeño alguno en oír de labios de doña Paz la historia de los primeros veinte años del *Niño de la Bola*, relatada en el embrollado estilo de que la impetuosa viuda acaba de darnos elocuente muestra... Preferimos, pues, narrarla por nosotros mismos, con referencia a todos los datos que poseía el público, después de lo cual correremos en seguimiento de nuestro héroe, a fin de acompañarlo en el remate de su jornada, y llegar con él a la famosa ciudad que fue su cuna, y donde iba a desenlazarse el perpetuo drama de su vida...

Conque digamos *adiós* al subteniente, al sacristán, a las viudas, a los estudiantes y a los aceiteros, de ninguno de los cuales hemos de volver ya a tener noticias hasta que nos los encontremos el día del juicio en el famoso valle de Josaphat.

LIBRO SEGUNDO
ANTECEDENTES

I
LA MOSCA Y LA ARAÑA

El memorable año de 1808 vivía en la ciudad cierto cumplido caballero, huérfano, célibe y de unos cinco lustros de edad, llamado don Rodrigo Venegas, que se jactaba de proceder de aquel Reduán del mismo apellido, príncipe moro con vetas de cristiano, cuyo nacimiento se debió, según ya sabréis, al dramático enlace de un vástago de la casa señorial de Luque con la hermosísima princesa Cetimerien, descendiente del profeta Mahoma...

Como quiera que fuese, nuestro don Rodrigo había heredado de sus padres mucha hacienda y un viejísimo y destartado caserón, con honores de palacio, en cuya fachada se veían los ambiguos escudos de armas de tan esclarecida familia, pregonando antiguas hazañas que ya no iban teniendo imitadores en tierra española..., y, por resultas de todo ello, el buen hijodalgo, hombre de entero corazón y encumbradas ideas, se consumía en aquel decaído y sedentario pueblo, no sabiendo qué hacerse de sus rentas ni de su sangre, ansiosas de correr en empeños nobles y generosos.

Imaginaos, pues, el efecto que le produciría la súbita explosión de la guerra de la Independencia. Español, al fin, aunque en realidad descendiese de españoles no bautizados, empuñó seguidamente las armas contra el francés; empero, como no era hombre de contentarse con hacer lo que cualquiera otro, llegó en su patriotismo hasta equipar, armar y mantener a sus expensas, durante cuatro años, una partida de voluntarios de caballería, al frente de los cuales se cubrió de gloria en muchas y muy célebres batallas. Consecuencia de tan relevante conducta fue que cuando, después de la victoria de los Araules y entrada de nuestros ejércitos en Madrid, don Rodrigo

regresó a la ciudad a curarse su quinta herida, y sin haber querido admitir recompensa alguna del Gobierno de la Nación, encontrase vacíos sus graneros, muertos sus ganados, sus tierras sin arar desde 1809, y talados o arrancados de cuajo sus olivares y viñas por los vengativos soldados de Sebastiani. Ni paraban aquí los menoscabos de su hacienda: hallose también entrampado en la respetable suma de cuatro mil duros con el más rico y feroz usurero de la ciudad (a quien había tenido que ir pidiendo dinero desde Bailén, desde Ocaña y desde Talavera, para sostener la benemérita partida), y en nada menos que otros diez mil duros que importaban los réditos y los réditos de los réditos de aquella cantidad, según la socorrida cuenta del *interés compuesto*...

Todo lo llevó con paciencia, y hasta con alegría y orgullo, el magnánimo don Rodrigo, como había llevado los dos balazos y las tres cuchilladas que recibió en defensa del suelo patrio; pero no se conformaron del propio modo algunas personas de su posición, amigas suyas y conocidas del prestamista, las cuales, por oficiosidad espontánea, pidieron a éste que rebajase algo de tan crecidos réditos, «en atención al noble destino que el bizarro Venegas había dado al capital».

Era el prestamista uno de aquellos hombres sin entrañas que yo no sé para qué quieren vivir ni ser ricos: no hubo, pues, manera humana de hacerle bajar un maravedí de tan exorbitante usura, ni de que comprendiese cuán merecedor era don Rodrigo de especialísimas consideraciones. El interpelado (que se llamaba don Elías, y a quien el vulgo llamaba *Caifás*) contestó que él no entendía de patria, sino de números, y que no reclamaba ni un ochavo más de lo que le debía el gastoso caballero, según documentos que conservaba como oro en paño, sin que valiera decir que, al firmarlos, no había graduado su deudor a cuánto ascenderían, caso de morosidad, los intereses de los réditos caídos; pues todo aquello era el *abc* de los negocios comerciales... Resultado: que don Rodrigo Venegas tuvo que renovar por diez años los pagarés de dichos cuatro mil duros, con aquella acumulación de diez mil (total, catorce), y con la de otros seis mil que nadie más que don Elías se atrevió a prestarle para repoblar olivares y viñas (total, veinte),

y con la de otros cinco mil, por réditos de los veinte *en el primer año* (total, veinticinco)... ¡Veinticinco mil duros justos y cabales, cuando, en efectividad, sólo había percibido diez mil!

Mucho se afanó el hijodalgo, desde 1813 hasta 1823, por ver si podía ir amortizando esta deuda o pagar, cuando menos, sus réditos anuales en evitación de nuevos estragos del *interés compuesto*, y, la verdad sea dicha, algunos años logró ahorrar de sus rentas diez o doce mil reales, que entregó religiosamente al usurero (aunque éste nada le reclamaba nunca); pero al año siguiente no le pagaban a él sus labradores, o le pagaban una miseria, por causa de esterilidad, pedrisco, langosta o cualquiera otra plaga, muchas veces fingida, y, en lugar de dar dinero a su acreedor, tenía don Rodrigo que pedirle nuevas cantidades «para ir saliendo hasta la nueva cosecha»: todo ello bajo condiciones adecuadas a la gravedad y urgencia de cada apuro, esto es, más onerosas y afflictivas cuanto más apremiante y angustioso era el caso...

Lo único que ni por soñación intentó Venegas en todo aquel tiempo fue trabajar, comerciar, crear industrias, montar fábricas, ingeniárselas, en fin, de cualquier modo para ganar dinero por sí mismo... Y ¡ay de él, ay de su nombre, ay de su honra, si tal camino hubiese tomado! Dígolo, porque semejantes *oficios* o *trapicheos* (textual) eran entonces, y han seguido siendo hasta hace pocos años, tareas impropias de caballeros andaluces, nacidos, a lo que se veía, para recordar paseándose las glorias y trabajos de sus mayores, para gastar alegremente y muy deprisa todo lo que éstos agenciaron, y para morir luego de hambre en el último rincón de la ya subastada casa solariega, sin más testigos de su agonía que tal o cual antiquísimo, desvencijado mueble, de esos que hoy buscan a peso de oro los magnates de nuevo cuño, y que en aquella época desdeshaban hasta los defraudadores usureros.

Tan cierto es lo que acabamos de apuntar (bien que sin entera aplicación a nuestro don Rodrigo, de quien ya sabemos que algo noble y grande había hecho en este mundo), que todavía ayer de mañana, como suele decirse, eran forasteros, procedentes de Santander, de Galicia, de Cataluña o de la Rioja, todos los dignos comerciantes e industriales de las pobla-

ciones de Andalucía, incluso las capitales y las aldeas. El mismo viejo usurero a quien llamaban *Caifás* en la ciudad referida (como dando a entender que quien entraba media vez en su casa podía estar seguro de ser crucificado), era natural de la Rioja, y había ido allí a vender, *por cuenta ajena*, paños de Ezcaray y de Pradoluengo, componiéndoselas con tal arte, que a los dos años abría, *por cuenta propia*, un gran almacén de toda clase de géneros; a los cuatro se le adjudicaban fincas de caballeros malos pagadores; a los seis edificaba una hermosa casa, aislada como un castillo, y traspasaba el almacén a otro riojano, para dedicarse él por completo a la usura, y a los veinte era dueño de la mitad de las tierras ganadas a los moros por los llamados «primeros pobladores de la ciudad» y repartidas a éstos por los Reyes Católicos.

Volviendo a don Rodrigo (lo cual no es apartarnos mucho de don Elías, en cuyas garras lo hemos dejado), diremos que durante los diez años transcurridos desde que volvió de la guerra, hasta aquel en que vencían sus ruinosas obligaciones usurarias, habíase casado, por caridad más que por amor, con una huérfana de familia muy distinguida, pero muy pobre; había tenido en ella un hijo; había enviudado poco después, cuando ya era amor la compasión que le movió a casarse, y en uno y en otro estado, por consejo de su prudente esposa, había ido desprendiéndose de su antiguo lujo, ora vendiendo caballos, alhajas, ricos muebles, preciadas ropas y mucha plata labrada, ora despidiendo servidores y reduciendo sus gastos a la mayor estrechez compatible con el decoro de su clase, entre la cual, como en todo el pueblo (dicho sea sin ofender a nadie), era más querido y respetado según que se iba quedando más pobre...

En equivalencia, la aversión general que siempre había inspirado don Elías (como todos los que trafican y medran con el dolor ajeno), convertida en odio y escándalo cuando reclamó a don Rodrigo los diez mil duros de gabela, rayaba en 1823 en horror y persecución, por el presentimiento que se tenía de que aquella deuda inextinguible, especie de cáncer que fomentaba cruelmente el prestamista, estaba a punto de tragarse, si ya no se había tragado, todo el pingüe caudal de los Ve-

negas. Vivía, pues, encerrado en su casa el rico avariento, sin atreverse a salir ni aun a misa, por miedo a los desaires de toda clase de personas, y especialmente a los insultos de la gente soez y de los chicos, que le decían *Caifás* en su propia cara; y pasábase allí meses y meses, detestando y gruñendo a la buena mujer, antigua criada suya, con quien estaba casado, y acariciando y cubriendo de perlas y de brillantes a una preciosa hija (ya de ocho años) que había tenido a la vejez, y a la cual adoraba con sus cinco sentidos y tres potencias, o sea con lo que en otros hombres se llama *alma*.

Así las cosas, y cuando de la última liquidación resultaba que don Rodrigo era en deber a don Elías (no exageramos: podéis echar la cuenta) ciento cuarenta y siete mil doscientos nueve duros (tres millones de reales mal contados); cuando el infeliz caballero no hacía más que calcular que todos sus cortijos, viñas y olivares, y el mismo antiguo caserón, vendidos en pública subasta y bien pagados, no producirán, ni con mucho, aquella cantidad; cuando, sufrido y animoso como siempre, y atento al porvenir de su hijo, pensaba (¡a la edad de cuarenta y un años!) en pedir una charretera de alférez, por cuenta de sus servicios en la guerra de la Independencia, y lanzarse a pelear contra aquellos otros franceses que a la sazón profanaban el suelo de la patria, aconteció que un día amaneció ardiendo por los cuatro costados la solitaria casa del usurero.

Trabajo le costó a éste escapar de las llamas, llevando en brazos a su medio asfixiada hija y seguido de su horrorizada mujer, sin que le hubiera sido posible poner antes en salvo ni muebles, ni ropas, ni alhajas, ni el dinero contante, ni tan siquiera los preciosos papeles que representaban sus grandes créditos contra don Rodrigo y otras varias personas... Y lo peor del lance era que aquel incendio no podía considerarse casual, ni se lo pareció a nadie; que de todos modos, el pueblo entero lo veía con mucho gusto o con glacial indiferencia; que los gremios de albañiles y carpinteros (allí no ha habido nunca bomberos ni bombas) hacían muy poco por tratar de apagarlo, a pesar de las excitaciones de la autoridad, y que el iracundo don Elías, refugiado en casa del alcalde, proclamaba a gritos que todo aquello era «obra de sus infames deudores, pa-

ra que se quemaran los recibos y vales de lo que le debían y negarle luego sus deudas».

Tan graves sucesos y acusadoras especies despertaron aquella mañana de su tranquilo sueño al noble y valeroso Venegas, el cual, no diremos que sin encomendarse a Dios ni al diablo, pero sí que, dejándose llevar de un generoso arranque, y proclamando que la usura no podía suplir por la gratitud que él debía al que tanto dinero le llevaba prestado, y de cuyos corresponsales recibió oportuniísimos auxilios para luchar con Napoleón desde 1808 a 1813, corrió a la casa incendiada; arengó a algunos albañiles; metiose entre el humo y el fuego; trepó al piso principal por una escalera de mano; llegó al despacho de don Elías, que era una de las habitaciones más amenazadas; penetró en ella, contra el consejo de los mismos operarios que le habían ayudado a derribar la puerta; cogió una papelera antigua, donde muchas veces había visto al usurero meter vales y recibos, y la arrojó por la ventana a la calle... Poco después salía también Venegas de aquel volcán, entre los aplausos de la versátil multitud, llenas de horribles quemaduras la cara y las manos y despidiendo humo sus destrozadas ropas... No se dejó, empero, curar, sino que inmediatamente registró la papelera, que se había hecho pedazos al caer; apoderose de todos los documentos que contenía y encaminose con ellos a casa del alcalde, adonde llegó casi ya sin aliento...

—Tome usted, señor don Elías... —dijo a su abominable acreedor, que se había espantado al verle llegar de aquel modo, creyendo que iba a matarlo—. Tome usted. Aquí están, no sólo todos mis vales y recibos, que hubiera podido rehacerle, para sincerarme de la vil calumnia, que ya me tachaba hoy de estafador y de incendiario, sino también los de sus demás deudores... Estamos en paz por lo tocante a aquellas mercedes que el dinero no puede nunca pagar... Voy a morir... En cuanto a la parte *material* de nuestras cuentas, apodérese usted de todos mis bienes, y perdóneme... si algo faltase todavía para la total solvencia de lo que le debo...

Así habló don Rodrigo, y, pronunciadas estas palabras, cayó redondo en tierra, con la terrible convulsión llamada *tétanos*.

Pocas horas después era cadáver.

II FINIQUITO

No necesitamos describir, por ser cosa que se adivinará fácilmente, el profundísimo dolor, mezclado de admiración y entusiasmo, que produjo en toda la ciudad y pueblos limítrofes la muerte del buen caballero, ni tampoco el magnífico entierro que *le costearon* sus iguales, dado que en él hubiese algo que *costear*, que no lo hubo, a Dios gracias, pues hasta la música de la capilla de la catedral asistió de balde, y el cerero no quiso cobrar la merma, y todas las parroquias concurrieron *gratís* y espontáneamente a compartir con la del difunto el señalado honor de dar tierra y descanso a aquellos gloriosísimos restos... Diremos tan sólo, para que se vea hasta dónde llegó el delirio público, que la tarde de la fúnebre ceremonia (a la cual no asistió el usurero) nadie dudaba de que el mismo *Cai-fás*, en premio de la sublime acción de don Rodrigo, se contentaría con reintegrarse de los diez o doce mil duros que efectivamente le había prestado y con una ganancia regular y módica, dejando el resto de los bienes para el pobre huérfano, de edad de diez años, que se quedaba solo en el mundo, sin más amparo que la misericordia de los buenos...

Pronto salieron de su error aquellos ilusos; don Elías no aguardó siquiera a que acabase de humear el incendio de su casa (donde, dicho sea entre nosotros, había perdido únicamente el valor del edificio y seis u ocho mil duros en ropas y muebles, en las alhajas de su hija y en un poco de dinero contante y sonante), sino que el mismo día del entierro del caballero presentó al juzgado los vales y recibos de éste, reclamando la *totalidad del adeudo*, o sea tres millones de reales en números redondos.

Gran repugnancia costó al juez declarar legítima aquella petición; pero el usurero tenía tan bien atados los cabos, y el noble deudor se había dejado ligar tan estrechamente, que fue indispensable sacar a pública subasta todos los bienes del caballero... Ni faltaron entonces, de parte de otros hijosdalgo y personas acomodadas, buenos propósitos, y juntas, y discursos, y hasta votaciones, en que se reconoció por unanimidad la

conveniencia de presentarse a la licitación y pujar las fincas hasta las nubes, cargando en mancomún con el perjuicio que resultare, todo ello a fin de reunir decorosamente un pedazo de pan al hijo de Venegas... Mas ya se sabe lo que suele ocurrir en estas cosas. Hablose tanto, que del hablar resultaron querellas personales entre los presuntos bienhechores, sobre quién estaba dispuesto a hacer más sacrificios, y sobre los móviles secretos de cada uno, y sobre lo que sucedió cierta vez en un caso análogo, y sobre las ideas y actos políticos de don Rodrigo en aquella tormentosa época; y, con esto, hubo tales disgustos, que se retrajeron de asistir a las juntas muchas personas que también debían grandes cantidades a *Caifás*, y pasaron días, y amaneció el mercado por los edictos; y, como aquellos señores no habían llegado a un acuerdo, la subasta resultó desierta. Rematáronse, pues, a favor del prestamista, por ministerio de la ley y con gran sentimiento del público, las viñas, los olivares, los cortijos, la casa, los muebles, las ropas y hasta la espada del benemérito patricio, en la cantidad de cien mil y pico de duros...

—¡Pierdo un millón! —dijo el terrible anciano al firmar la diligencia de remate—. Pero, ¡qué remedio!... Los bienes del manirroto y despilfarrado Venegas no valen ni un ochavo más...

—¡No pierde usted nada, sino que gana cerca de dos millones!... —le respondió severamente una persona de la curia—. ¡Verdad es que, en cambio, y según espera todo el mundo, regalará usted una buena cantidad al inocente huérfano; se hará cargo de su educación; cuidará de su porvenir!...

—¿Yo? ¿Cuidar? ¿Qué está usted diciendo? ¡Harto hago en cuidar a mi hija! Y por lo que toca a regalos de *buenas cantidades*, ¡ya los harán *el día del juicio* los admiradores del difunto héroe! ¡Es muy fácil recetar por cuenta ajena!

—Pero considere usted que ese muchacho se queda pidiendo limosna...

—A su edad la pedía yo también... —replicó el usurero, volviendo la espalda.

La indignación general contra don Elías llegó al último límite, según que fueron sabiéndose todos estos pormenores, y

¡gracias a que el astuto riojano, cuya casa había quedado reducida a cenizas, continuaba viviendo en la del alcalde; que, de no ser así, lo hubiera pasado muy mal! Sin embargo, como en el mundo no hay nada más valiente que un usurero apoyado por la ley (de donde todos los judíos son tan amantes y conocedores de ella), y como, por otro lado, nuestro buen *Caifás* no era cobarde de nacimiento, sino prudente conservador de sus millones y del infinito placer de aumentarlos, resolvió mudarse inmediatamente al caserón solariego de los Venegas, que ya le pertenecía, y, para ello, dispuso hacerle una poca obra, reducida a fortificarlo bien y a proveerlo de muchos cerrajos, llaves y trancas...

Algo se habló también con este motivo sobre juntas y conciertos de los operarios para no trabajar en los reparos de aquella venerable mansión; pero don Elías, que lo supo, anunció que pagaría los jornales con algún aumento, en atención a la carestía del pan, por cuyo sencillo medio halló de sobra quien le sirviera, y pudo trasladarse muy pronto a su nueva casa, con su mujer y con su hija, aprovechando al efecto cierta noche que llovía a cántaros y en que no andaba por la ciudad persona humana...

Una vez dentro del antiguo palacio, y atrancado que hubo las puertas, respiró con satisfacción, como quien no pensaba volver a salir a la calle en cuatro o cinco años, y dijo a su mujer:

—Mañana mismo escribiré a mi banquero de la capital para que le envíe *a la niña* cinco mil duros en ropas, alhajas y juguetes. Tú y yo nos arreglaremos de cualquier modo.

Y dio una docena de besos a su hija y se acostó en la cama que había sido de don Rodrigo, cuyos aplastados colchones conservaban todavía la huella del peso de su cadáver.

La mujer del avaro no quiso ocupar en aquel lecho, dos veces fúnebre, el sitio de la que fue años antes felicísima esposa del pundonoroso caballero, y, pretextando tener que trabajar mucho, se pasó la noche dando cabezadas en una silla.

¡En fin... Soledad, la niña mimada, la hija querida de *Caifás*, durmió en la cama que había pertenecido al desahuciado hijo de Venegas!

¿Qué había sido entretanto del pobre huérfano, del desheredado de diez años, del niño en cuyo lujoso catre soñaba con los prometidos juguetes la millonaria de ocho abriles?

Aquí es donde verdaderamente principia nuestra historia.

III

DE CÓMO UN NIÑO DEJÓ DE SERLO

Manuel, que así se llamaba el huérfano, era, la funesta mañana en que su padre lo dejó dormido para ir a lanzarse al fuego que devoraba la casa de don Elías, un gentilísimo muchacho, blanco y sonrosado como el más vistoso amanecer y alegre y retozón como una fierecilla descuidada. Criábalo don Rodrigo con el mayor esmero, no cifrado todavía en enseñarle nada literario, ni tan siquiera a leer y a escribir, de lo cual decía que siempre habría tiempo, sino en fortalecer y avalorar su ya robusta naturaleza física, sujetándolo a rudos ejercicios de agilidad y fuerza, aleccionándolo en la equitación y en la natación, obligándolo a andar largas jornadas en interminables cacerías, y explicándole de paso los misterios de la sierra, la botánica de los montesinos, la medicina de los cortijeros, la astronomía de los pastores, las costumbres de todos los animales, la manera de luchar con ellos y matarlos, o de cogerlos vivos y reducirlos a su obediencia, y otros muchos secretos de la vida agreste y montaraz; de donde resultaba que siempre estaban juntos padre e hijo, y que se querían y trataban, más que como lo que eran, como dos hermanos, como dos camaradas, como dos compadres.

Nada sabía el halagado pequeñuelo de la total ruina de su casa ni de las consigüentes zozobras de don Rodrigo (quien, como se ve, lo criaba para pobre, presintiendo que llegaría a serlo); y a la sombra de aquella ignorancia, su niñez se deslizaba tranquila, dichosa, placentera, hasta donde es posible en quien no ha conocido madre, cuando vinieron en montón y de golpe sobre su frente todos los infortunios humanos... En un mismo día..., ¡en el espacio de pocas horas!..., vio que traían de la calle, abrasado y sin conocimiento, al ídolo, al señor, al compañero y único amigo de su vida; presenció su espantosa

muerte, sin recibir ni una mirada de sus inmóviles ojos, ni un consejo, ni un ósculo de sus convulsos labios; se enteró de que existía *Caifás* y de la terrible tragedia del incendio, así como de su espantoso origen; supo que era tan pobre como los mendigos descalzos que piden limosna de puerta en puerta; comprendió que tenía que despedirse para siempre de aquellas paredes y de cuanto encerraban, incluso los objetos que más le hubieran recordado al autor de sus días; contempló, cual si soñase, a todos los vecinos de la ciudad, constituidos en su casa, alrededor del cadáver de don Rodrigo, guardándolo como si fuera suyo; hasta que, finalmente, lo alzaron en hombros y se lo llevaron..., no sin darle antes a él muchos besos y decirle muchas cosas, que no le supieron a nada..., y quedose allí abandonado, silencioso, estúpido, sentado en un rincón de la cámara mortuoria, en la actitud de quien no espera ni tiene para qué esperar a nadie...

Llegada, en fin, la noche..., la primera noche de orfandad, cuando dejaron de tañer las campanas y de sonar las remotas músicas del entierro; cuando hasta las tinieblas le advertían que ya estaba solo sobre la tierra; cuando comenzaba a figurarse que él también había muerto y sido sepultado, oyó una voz ronca y áspera, la voz de un sacerdote grueso y feo, que le decía lúgubrementemente:

—Muchacho, ¿dónde estás? ¿Por qué no has encendido luz? Ven conmigo... ¡Yo te recojo, y sea lo que Dios quiera! Vámonos a mi casa...

Manuel lo siguió como un autómatas, o más bien como el pobre can que se ha quedado sin dueño.

IV

UN CURA DE MISA Y OLLA

Apresurémonos a decir algo (muy poco) respecto de este sacerdote, antes de engolfarnos completamente en la historia del que había llegado a ser su pupilo.

Don Trinidad Muley era uno de aquellos curas a la antigua española, a quienes aman y respetan todos sus feligreses y cuan-

tos los conocen, sin distinción de partidos políticos ni aun de creencias religiosas; curas que, sin ser liberales ni dejar de serlo, o, mejor dicho, por no tener opinión alguna sobre las cosas *del César*, pero sí una altísima idea de las cosas *de Dios*, no perdieron nunca ese amor y ese respeto, ni en la explosión nacional de 1808, ni en la reacción absolutista de 1814, ni en el furor revolucionario de 1820, como tampoco los perdieron después, cuando vino Angulema, ni por resultas del motín de La Granja ni en ninguna de las vicisitudes posteriores, tan fecundas en desavenencias entre la Iglesia y el Estado; curas indígenas, digámoslo así, que aman a su patria como cualquier hijo de vecino, sin tener nada de cosmopolitas, de europeos, ni aun de ultramontanos..., por lo que rara vez legan su nombre a la historia; curas, en fin, de la clase de católicos rancios, sin ribetes de política ni de filosofía, que no suelen poseer ni exigir de nadie sutilísimos conceptos teológicos con que explicar la mente del Autor del mundo, ni inflexibles fórmulas de escuela sobre la sociedad y su gobierno, sino pura y simplemente la práctica real y efectiva de todas las virtudes cristianas.

El ejemplar que tenemos a la vista era al propio tiempo tan natural y sencillo de suyo, tan humano y tan valiente, de espíritu tan abierto y corazón tan bondadoso, tan *padre de almas* por esencia, presencia y potencia, que lo mismo que servía para cura párroco de Santa María de la Cabeza, y, como tal, derramaba muchos bienes morales y materiales, en cuanto alcanzaban sus recursos, hubiera servido para sacerdote hebreo, mahometano, protestante o chino, con gran respeto y edificación de tales gentes. Digamos, pues, como resumen de sus cualidades positivas y negativas, que era un verdadero hombre de bien, lleno de caridad ingénita, iluminada por la palabra de Cristo; profundamente esperanzado en otra mejor vida, como todo el que tiene un alma grande, incapaz de satisfacerse con las vanas alegrías de la tierra; pobrísimo de humanidades, pero no de ciencia del mundo ni de conocimiento del corazón humano; muy escaso de imaginación, pero no de sana lógica ni de sentido común; que tal vez no sabía predicar un buen sermón sobre el dogma (ni creía necesario meterse allí en tales hon-

duras), pero que embelesaba y mejoraba al auditorio desde el púlpito con su paternal actitud, con sus tiernas exhortaciones al bien y con su propio ejemplo... No era, no, de la casta de san Agustín, de santo Tomás o de san Ignacio de Loyola; pero sí de la de san Cayetano, de la de san Diego de Alcalá y de la de san Juan de Dios, aunque menos docto y más vulgar que ellos y que la generalidad de los curas, tenientes y beneficiados de aquella diócesis...

Ni dependía de la voluntad del pobre párroco el saber más textos de la Biblia y de los Santos Padres, o el no tergiversarlos cuando se metía a predicar por lo fino, sino de su pícara memoria, tan rebelde a la cultura del estudio, que nadie comprendía cómo el buen Muley (apellido moro que allí subsiste) había podido aprender el bastante latín para entrar en sínodo y ordenarse, y todo el mundo admiraba retrospectivamente al pacientísimo y ya difunto dómine que (con mazo y escoplo sin duda) pudo labrar lo suficiente en aquella enteriza cabeza para hacerle albergar el *musa, ae*. Es todo lo malo que se podía decir de don Trinidad... En cambio, no había en el pueblo, ni en cien leguas a la redonda, quien le ganase a ceder su comida y su cama al desamparado mendigo; a cuidar personalmente a los apestados; a pasarse horas y horas dando alegre conversación, llena de saludables consejos, a los presos de la cárcel; a gastar, los días de nieve, todo el dinero que tenía en comprar alpargatas a los niños descalzos; a sacar de braceo a tomar el sol a míseros viejos que se baldaban en sus lóbregos tugurios; a reconciliar, en fuerza de lágrimas o de puñetazos, y hacerse abrazar cordialmente, a los matrimonios mal avenidos, a los adversarios que ya habían sacado las navajas, a las clases pobres con las ricas, cuando encarecía el pan y se armaba motín; a cada uno con su cruz, a los tristes con su tristeza, a los enfermos con su dolor, al penado con el castigo, al moribundo con la muerte... Era, pues, una veneración que rayaba en culto lo que se sentía hacia él en la ciudad, no obstante el genio llano, francote y hasta bromista que ostentaba con grandes y chicos cuando no había motivo para estar serio; y todos respetaban su ignorancia como una especie de inocencia, al modo que amamos y admiramos las montañas in-

cultas y pródidas, por lo mismo que en ellas todo es natural, espontáneo, hijo legítimo de Dios y no de las especulaciones y fatigas humanas.

Así se justifica que el obispo lo hubiese nombrado cura propio de Santa María de la Cabeza, de cuya parroquia tomaba nombre el barrio más guerrero de la ciudad, donde vivía casi toda la gente labradora; así se comprende la profunda estimación que siempre se tuvieron, aunque se trataron muy poco, el difunto don Rodrigo y el bueno de don Trinidad; así se explica el paso que éste había dado, recogiendo y adoptando al hijo del caballero, sin consultar ni entenderse con nadie; y por eso también nosotros tendremos necesidad más adelante de volver a hablar de tan digna persona, con cuyo motivo podremos decir algo de su casa, de su oratoria, de sus costumbres y hasta de su bendita ama de gobierno.

No lo hacemos a la presente porque reclama nuestra atención el hijo de Venegas, o sea el que ya muy pronto va a comenzar a llamarse el *Niño de la Bola*.

V

EL ACREEDOR DEL USURERO

El pobre niño se había quedado como si fuese de hielo, por resultas de aquellos repentinos y bárbaros golpes de la suerte, contrayendo una palidez mortal, que le duró ya toda la vida. Nadie había hecho caso del infeliz en el primer momento de angustia, ni reparado en que no gemía, hablaba ni lloraba; y, cuando al cabo acudieron a él, lo hallaron contraído y yerto como una petrificación del dolor, aunque andaba, oía, veía y daba continuos besos a su llagado y moribundo padre. ¡No había, pues, derramado ni una sola lágrima durante la agonía de aquel ser tan querido, ni al besar su frío rostro, después que hubo muerto, ni al ver cómo se lo llevaban para siempre, ni al abandonar la casa en que había nacido, ni al hallarse albergado por caridad en la ajena! Algunas personas elogiaron su valor; otras criticaron su insensibilidad; las madres de familia lo compadecieron profundamente, adivinando por instinto la

cruel tragedia que había quedado encerrada en el corazón del huérfano, por falta de un ser tierno y piadoso que le hiciese llorar, llorando a su lado...

Tampoco había vuelto Manuel a hablar palabra desde que vio llegar en la agonía a su buen padre; ni respondió luego a las cariñosas preguntas que le hizo don Trinidad cuando se lo llevó a su casa; ni se le oyó más el metal de la voz en el transcurso de los tres primeros años que vivió en su santa compañía; y ya pensaban todos que se había quedado mudo para siempre, cuando un día que se hallaba, como de costumbre, en la iglesia de que era cura su protector, observó el sacristán que, encarándose con una linda efigie del Niño de la Bola que allí se veneraba, le decía melancólicamente:

—Niño Jesús, ¿por qué no hablas tú tampoco?

Manuel se había salvado... El náufrago acababa de sacar la cabeza de entre las olas de su amargura... ¡Ya no corría peligrando su vida! A lo menos, así se creyó en toda la parroquia.

Desde aquel día el huérfano habló ya algunas palabras, muy pocas en verdad, con el cura y con el ama de gobierno, para significarles gratitud, amor y obediencia, pero ninguna referente a sus inolvidables infortunios, todo lo cual consideraron de buen agüero don Trinidad Muley, los sacristanes y los moaguillos.

En cuanto al estado de su razón, nadie había tenido recelo alguno durante aquellos tres años de voluntaria o involuntaria mudéz... El ama era la única que solía decir desde el principio, y siguió diciendo siempre, que a Manuel le había quedado una vena de loco (nada más que una vena) por resultas de no haber llorado cuando perdió a su padre... Nosotros ignoramos lo cierto; pues entre los papeles que nos sirven de guía no figura ningún dictamen facultativo sobre el particular, y eso de decidir en nuestro pobre mundo quién se halla en su juicio o quién está loco es materia más peliaguda de lo que parece... Juzgue cada lector lo que se le antoje, en vista de los sucesos que vayamos contando.

Con relación a las personas extrañas (de quienes, siempre que tropezaban con él, recibía expresivos testimonios de compasión y de cariño), continuó encerrado el huérfano en su gla-

cial reserva, para lo cual adoptó la siguiente evasiva, estereotipada en sus desdeñosos labios: «¡Déjeme usted ahora!»; dicho lo cual (en son de amarguísima súplica), seguía su camino, no sin haber excitado supersticiosos sentimientos en las mismas gentes que así esquivaba.

Menos aún desechó en aquella saludable crisis la honda tristeza y precoz austeridad de su carácter, ni la pertinaz insistencia con que se aferraba a determinadas costumbres. Éstas se habían reducido hasta entonces a acompañar al cura a la iglesia; a coger en el campo flores o hierbas de olor para adornar al Niño de la Bola (delante del cual se pasaba luego las horas muertas, sumido en una especie de éxtasis), y en subir a buscar aquellas mismas hierbas y flores a lo alto de la próxima sierra cuando no las hallaba en la campiña, por ser el rigor del invierno o del estío.

Semejante devoción, muy en consonancia con los principios religiosos que le inculcó en la cuna el difunto caballero, había ido mucho más allá de lo natural y de lo humano, aun tratándose de personas extraordinariamente místicas. No era tan sólo culto, reverencia, piedad, adoración fanática la que tributaba a aquella efigie... Era un amor de hermano y de súbdito, parecido al que había profesado a su padre; era una confusa mezcla de confianza, tutela e idolatría, muy análoga a la que las madres de los hombres de genio sienten por sus gloriosos hijos; era la respetuosa protección, llena de ternura, que dispensa el fuerte guerrero al príncipe de menor edad; era identificación; era orgullo; era ufanía como de un bien propio. Diríase que aquella imagen le representaba su trágico destino, su noble origen, su temprana orfandad, su pobreza, sus cuitas, la injusticia de los hombres, la soledad en que había quedado sobre la tierra, y acaso también algún presentimiento de futuros martirios...

Nada de esto discerniría entonces el desventurado, pero tal debía ser el tumulto de ideas informes que palpitaba en el fondo de aquella devoción pueril, constante, absoluta, excesiva. Para él no había ni Dios, ni Virgen, ni santos, ni ángeles; no había más que el Niño de la Bola, sin relación a ningún alto misterio, sino por sí mismo, en la forma presente, con su figura

artística, con su vestido de tisú de oro, con su corona de perdrería falsa, con su rubia cabeza, con su hechicero semblante y con aquel globo pintado de azul que mostraba en la mano, sobre el cual se erguía una crucecita de plata sobredorada, en señal de que el mundo estaba redimido.

Y he aquí la razón y fundamento de que, primero los acólitos de Santa María de la Cabeza, y después todos los muchachos de la ciudad, y finalmente las personas más graves y formales, designaran a Manuel con aquel singularísimo apodo de el *Niño de la Bola*, no sabemos si en son de aplauso a tan vehemente idolatría y por fiarlo al patrocinio del propio Niño Jesús, o como antífrasis sarcástica... (dado que tal advocación sirve allí a veces como término comparativo de la ventura de los muy afortunados), o como profecía de lo animoso y formidable que había de ser con el tiempo el hijo de Venegas, supuesto que la mayor hipérbole que suele emplearse también en aquella comarca para encomiar el valor y poderío de alguno se reduce a decir que *no le teme ni al Niño de la Bola*...

Como quier que ello fuera, así se denominaba generalmente al gallardo huérfano cuando recobró el uso de la palabra a la edad de trece años, fecha en que contrajo un nuevo hábito, tan inalterable y acompasado como todos los suyos, que le apartó un poco de su mística devoción e hizo prever al público sensato graves y funestas consecuencias...

Tal fue la costumbre que tomó de ir a sentarse, todas las tardes a la misma hora, en un poyo que había a la puerta de no sé qué casa, frente por frente del antiguo palacio de los Venegas, donde seguía habitando el usurero don Elías. Allí se estaba solo y quieto, desde las dos, que acababa de comer, hasta que se hacía de noche, con los ojos clavados en los grandes balcones del edificio o en el escudo de armas que campeaba sobre la puerta, sin que fuesen parte a distraer su atención los curiosos que pasaban por aquel solitario barrio con el mero objeto de verle hacer tan significativa centinela, ni osaran parecer por allí los chicos de su edad, ya castigados por sus puños de hierro, ni hubiesen bastado los ruegos del prudentísimo don Trinidad Muley a hacerle desistir de aquella peligrosa manía.

Los balcones del famoso caserón estaban siempre cerrados con maderas y todo, menos uno, que tenía sobre los cristales cortinillas blancas. ¡Era el de la habitación que fue despacho de su padre! Pero las cortinillas no se meneaban nunca, ni se veía nada al través de ellas...

Tampoco entraba ni salía alma viviente a aquellas horas por el enorme portón, cerrado también, como si allí no viviera nadie, o como si detrás de él no hubiese un portal con otra puerta, y en esta puerta su correspondiente aldaba.

Al fin, una tarde vio Manuel salir del palacio, y regresar a él al poco tiempo, a un viejecillo pobremente equipado, a quien recordaba haber hallado años atrás en el despacho de su padre contando grandes montones de dinero... Sin duda, era el criado y cobrador de don Elías.

El vejete debió de conocer también al niño, o tener noticias de su persona, pues dio un largo rodeo a la ida y otro a la vuelta para no pasar cerca de él; lo miró de reojo con cierta especie de pavor, y volvió muchas veces la cabeza, como para cerciorarse de que no le seguía, ni más ni menos que hacen los supersticiosos con las que se les figuran almas de otro mundo.

A la tarde siguiente observó el huérfano que detrás de las mencionadas cortinillas se movía una sombra..., y luego vio descorrerse un poco la muselina de una de ellas y pegarse al cristal la severa cara de otro viejo a quien no conocía, y el cual fijaba en él dos ojos como dos puñales...

—¡Ése es mi verdugo! —dijo Manuel, dando un salto de fiera y avanzando hacia aquella parte del edificio.

Pero la cortinilla se corrió de nuevo, y desapareció la visión.

El niño volvió a su asiento, cesando su furia tan bruscamente como había estallado. Todo en él tenía este carácter de prontitud y fuerza, propio de los leones; lo mismo la cólera que el reposo; así el dolor como el consuelo; así la arremetida como el perdón, según que veremos más adelante.

Mucho debió de perturbar el régimen doméstico, y acaso también la conciencia del riojano, la especie de sitio que le había puesto aquel diminuto acreedor, que parecía ir allí en demanda de su hacienda, del hogar en que había nacido, de la vida de su padre y del escudo de armas de sus mayores, y mu-

cho debió de asustar a las mujeres de la casa el verle sentado en aquel poyo horas y horas, como un pleito mudo, como una acusación viva, o como una protesta perenne, anuncio de inevitables venganzas... Ello es que, a las dos o tres tardes de haberse cruzado la primera mirada de odio eterno entre el usurero y su víctima, salió del vetusto caserón una mujer como de cincuenta años de edad, hermosa todavía, aunque muy estropeada y enjuta; de aspecto poco señorial, pero digno, y vestida más bien como una rica labriega que como una dama. Era la señá María Josefa, la antigua criada y actual esposa del prestamista.

Manuel lo adivinó, aunque tampoco la había visto nunca, y no sabemos si por delicadeza de instinto o porque en los últimos tres años hubiera oído hablar de las buenas cualidades de aquella pobre mujer, no sintió aversión ni disgusto al verla...

Pero cuando observó que la esposa de don Elías, después de asegurarse de que no había testigos en la calle ni en ninguna ventana, se le acercaba resueltamente y se sentaba a su lado, experimentó una angustia indecible, y se levantó para marcharse.

La mujer le detuvo y le dijo:

—No te vayas, Manuel... Yo no te quiero mal... Yo vengo de buenas... Dime, hijo mío: ¿qué buscas aquí? ¿Necesitas algo? ¿Por qué vistes esa ropa, impropia de tu clase? ¿Quieres que yo te dé dinero?

El niño vestía de chaqueta, porque así lo había deseado; pues hay que advertir que, cuando se le quedaron chicos los trajes señoriles que sacó de su casa y don Trinidad quiso hacerle otros del mismo estilo, se opuso a ello con gran energía, diciéndole: «No, señor cura; yo no puedo costear ropa de caballero... Vístame usted de pobre...». Abstúvose, sin embargo, de dar aquella explicación, ni ninguna otra, a la señá María Josefa; y, en lugar de responderle, o de volver a sentarse, púsose a escribir en el suelo con la punta del pie y a mirar atentamente las letras que escribía.

La mujer continuó, después de una pausa:

—No es esto decir que la chaqueta te siente mal... Tú estás bien de todas maneras..., pues eres un muchacho muy guapo,

con dos ojos como dos soles, y además, el señor cura (Dios se lo pague) te tiene muy aseado y decente... Pero yo quisiera hacer algo más por ti, comprarte muchas cosas, costearte una carrera en la capital... En fin, aunque yo he hablado ya con don Trinidad, y él cree que estos negocios debemos arreglarlos tú y yo, díselo de mi parte, para que te convenzas de que no te engaño; y si te decides a ser mi amigo, verás cómo todos lo pasamos mejor... ¿No me respondes, Manuel? ¿En qué piensas?

El niño tampoco contestó a este discurso, y siguió escribiendo con el pie en el suelo, donde ya podía leerse el nombre de su padre: RODRIGO.

—¿Qué escribes ahí? —preguntó, después de otra pausa, la esposa de don Elías—. Yo no sé leer; pero me he enterado con mucho gusto de que al fin recobraste el habla... Respóndeme, pues. ¡Cuando tú vienes aquí todas las tardes, algo quieres!... Dímelo con franqueza... O, si no, toma, y es mejor... Tú gastarás esto en lo que necesites...

Y le largó un bolsón de torzal encarnado, entre cuyas estradas mallas relucía mucho oro. Lo menos contendría seis mil reales.

Manuel borró con el pie el nombre del difunto caballero, y se puso a escribir otro, que resultó ser el de la madre a quien no había conocido: MANUELA. Es decir, que ni siquiera se dignó fijar sus ojos en la bolsa... Por el contrario: para dar a entender que nada tomaría, escondió sus manos en los bolsillos del pantalón.

—¡Eres muy rencoroso, o tienes mucho orgullo, Manuel! —dijo entonces con amargura la señá María Josefa—. Por lo visto, crees que todos los de mi casa somos tus enemigos, ¡y lo que es en eso te equivocas!... Figúrate que tengo una hija a quien adoro, como tu padre te adoraba a ti; la cual esta mañana le decía a mi marido, después del almuerzo: «Mira, papá: es menester que perdones a este niño tan hermoso que se sienta todas las tardes ahí enfrente, y que le digas *que sí* a lo que venga a pedirte... ¡A mí me da mucha lástima de él! Dicen que antes era más rico que nosotros, y que la cama en que yo duermo ha sido suya...». ¡Conque ya ves, hombre, ya ves! ¡Hasta mi Soledad se interesa por ti!

Manuel había levantado la cabeza y dejado de escribir en el suelo.

—Dígame usted, señora... —pronunció entonces reposadamente—. ¿Cuántos años tiene esa niña?

—Va a cumplir doce... —respondió la madre con incomparable dulzura.

Manuel volvió aparentemente a su distracción; pero escribió con el pie en la tierra: SOLEDAD.

—Supongo que ya te habrás convencido de que puedes tomar esta friolera... —añadió la buena mujer, alargándole el dinero.

Manuel retrocedió un paso, y dijo con frialdad y tristeza:

—Señora..., ¡bastante hemos hablado!

Y, girando sobre los talones, se alejó lentamente, desapareciendo detrás de una esquina.

La esposa del usurero dejó caer sobre la falda la mano en que tenía aquel oro inútil, y se quedó muy pensativa. Luego se levantó, dando un gran suspiro, y penetró en la que no sabemos si se atrevería a llamar *su casa*.

En cuanto al niño, no habrían transcurrido cinco minutos, cuando ya estaba otra vez sentado en el poyo, con los ojos fijos en los balcones del usurero.

VI

SOLEDAD

A los dos días de la anterior escena, Manuel cambió las horas de su cotidiana visita a la plazuela de los Venegas, y, en vez de por la tarde, la hizo por la mañana, constituyéndose allí a las nueve, o sea al terminar el servicio ordinario de la parroquia.

¿Por qué este cambio? ¿Presumió el niño que a tales horas habría más entrantes y salientes en casa de *Caifás*, y mayor materia, por tanto, para sus observaciones? ¿O tuvo noticia terminante y cierta de que así le sería fácil conocer a aquella niña de que le había hablado la mujer del usurero, a aquella defensora de doce años que tanto le compadecía, a aquella Soledad inolvidable que le había calificado de *hermoso*?

Lo ignoramos completamente. Pero el caso fue que por la mañana en que hizo tal novedad vio Manuel entrar y salir varias veces al criado y cobrador del prestamista, ora solo, ora acompañado de escribanos y de otras personas más o menos notables de la ciudad, y que cerca de las doce volvió a salir del caserón el mismo sirviente, el cual, después de muchos rodeos y vacilaciones, penetró en un colegio de niñas, situado al extremo opuesto de aquella prolongada plaza, como a cien pasos de la puerta del palacio y del paraje fronterizo en que el sitiador tenía plantados sus reales.

Un vuelco le dio el corazón al avisado huérfano, cuyo instinto de cazador y antigua costumbre de regirse en la sierra por indicios y conjeturas le advirtieron que iba a presentarse ante sus ojos la hija de *Caifás*...

Así fue, en efecto: pocos instantes después salió del colegio el asustadizo cobrador, llevando de la mano a una elegantísima niña, cuyo gallardo andar y vivos y graciosos movimientos, acompañados de alegres risas y del timbre argentino de una voz de ángel, dejaron desde luego absorto al hijo de Venegas.

—¿Por qué razón —pareció preguntarse el mísero— no está triste esa niña cuando yo lo estoy?

La niña calló repentinamente, sin duda por haberle advertido el criado que estaba allí Manuel, o por haberle ella visto en aquel instante. Reinó, pues, en la plaza un profundo silencio, que el huérfano comparó con el de la muerte, y Soledad siguió avanzando, sin reír, sin hablar y con un aire de gravedad y compostura que infundió mayor pena al que lo motivaba...

Observó luego el adusto niño (y esto le alegró el corazón) que la hija de *Caifás* lo miraba furtivamente, y que se había entablado cierta sorda lucha entre el viejo, que la tiraba de la mano, tratando de acercarla lo más posible a la acera del palacio, y ella, que pugnaba por aproximarse gradualmente a la otra banda, a fin de pasar muy cerca del misterioso personaje.

Éste la miraba de hito en hito, sin pestañear, con la extrañeza y valentía, pero también con la mansedumbre del león que, harto del sangriento diario festín, viese pasar delante de su cueva una atribulada gacelilla... Muchas más cosas había en

los ojos y en el corazón de Manuel, aunque su conciencia no pudiese reflejarlas aún por entero: había admiración, producida por la peregrina belleza de aquella inocente; había orgullo, al recordar que debía a tan gentil y a la sazón reservada criatura espontáneas defensas, lisonjeros elogios y la más dulce compasión; había remordimiento y pena de que por su causa hubiese dejado de reír y hablar; había no sé qué especie de ternura, nacida de este mismo generoso dolor; había, en resumen, ansia de parecerle menos hostil, a la par que celos y envidia de las personas que no estuviesen incapacitadas, como él, para gozar de su alegría y de su confianza... Es decir, que, por un milagro de precocidad de que se han dado célebres ejemplos (entre otros, el de lord Byron, llorando de amor, a la edad de diez años, por la hija de un enemigo de su familia), reveláronse en los ojos y en el corazón del huérfano, desde el punto y hora en que vio por primera vez a la hija del verdugo de su casa, los poderosos gérmenes de aquel amor fatal e inevitable, transformación aciaga de paternos odios, que tantos poemas ha creado; el amor de Romeo a Julieta y de Edgardo a Lucía; amor necesario y terrible, que arraiga tenazmente en la roca de la imposibilidad, por lo mismo que está destinado a combatir con los huracanes de un hado siempre adverso.

Repetimos que nuestro rapaz de trece años no se había dado cuenta de casi ninguna de estas emociones: no hacía más que mirar estúpidamente a aquella encantadora niña, cuyos negros y expresivos ojos, rizados cabellos castaños, preciosísima boca, rosada tez y garboso talle, prometían al mundo una mujer extraordinariamente bella... Además, el lujo, excesivo para su edad, con que iba vestida; los brillantes que relucían en sus orejas y garganta; el exquisito primor del calzado, y hasta la preciosa cesta bordada de colores en que llevaba la labor y los libros, contribuían a deslumbrar a aquel impúber medio salvaje, criado en la sierra y en la sacristía, semicazador y semiacólito, que casi nunca había hablado con niños, y mucho menos con niñas, acostumbrado únicamente a la austera sociedad de su enérgico padre y del incivil párroco de Santa María de la Cabeza.

Pero cuando verdaderamente conoció Manuel algo de lo que sentía fue cuando la Eva de doce años logró vencer en su contienda y pasó casi rozando con él... Dirigióle entonces la niña una mirada de femenina curiosidad, mezclada de indefinible dulzura, que lo dejó fascinado y sin respiración; hecho lo cual, giró resueltamente hacia su casa con tan gracioso movimiento de precoz y certera coquetería, que hubiera enloquecido a Manuel, si ya no estuviese loco de adoración y espanto...

—¡Fue para comérsela! —dijo doña Paz al subteniente, al referirle este endiablado episodio.

Ni pararon aquí las temeridades de Soledad en aquella primera entrevista... Dos veces lo menos, al atravesar la plaza de una acera a otra, volvió la cabeza para mirar nuevamente al huérfano, cuya hermosura no debió de haberle parecido menor que contemplada desde las rendijas de los balcones del palacio; y, por último, antes de desaparecer detrás del portón (que hacía rato se había abierto para recibirla) le dirigió una postrera y más larga mirada, con todos los honores de saludo...

Manuel quedó anonadado y como imbécil bajo el peso de sus extrañas y confusas ideas, y no alzó los ojos del suelo hasta que el reloj de la catedral dio la una, recordándole que le esperaba don Trinidad... Levantose entonces con tanta pena como la mujer del usurero al alejarse de aquel mismo sitio la tarde anterior, y tomó el camino de la casa del cura, tambaleándose cual si fuese ebrio o medio sonámbulo...

Sansón había conocido a Dalila.

VII

VARIAS Y DIVERSAS OPINIONES DE DON TRINIDAD

El descendiente de los Venegas tuvo, sin embargo, bastante fuerza de voluntad para no volver en muchísimo tiempo por aquella plaza ni por sus cercanías, bien que semejante resolución no dimanase exclusivamente de su conciencia.

Don Trinidad Muley fue quien, al ver que el joven no quiso comer ni cenar el día mencionado, ni durmió aquella noche, y amaneció al día siguiente con calentura, le recibió declaración indagatoria, y sabedor de todo lo ocurrido, díjole estas palabras:

—Caminas derechamente a tu perdición. Ya te lo anuncié cuando me opuse a que fueras a sentarte en aquel maldito po-yo...; pero no quisiste hacerme caso, y el resultado lo estás viendo. ¡Temprano empiezan a gustarte las amigas de la serpiente!... Sin embargo, yo no te lo criticaría (pues no todos han de seguir mi ejemplo, en cuyo caso se acabaría el mundo...); no te lo criticaría, digo, si no se tratara de la hija del que tan cruel fue con tu padre... Pero se trata de ella, y comprendo que los escrúpulos de haberte complacido en mirarla te hayan quitado el sueño y la salud, como a todos los que están en pecado mortal. Por consiguiente, ¡en nombre de don Rodrigo Venegas (Q. E. P. D.), y hasta en nombre de Dios, te conjuro a que no vuelvas a acercarte a aquel barrio, si no quieres perder mi cariño, la estimación de las gentes y, por descontado, tu propia alma!

Algo muy semejante había dicho ya su corazón a Manuel, y, vista la resuelta actitud, acompañada de cariñoso llanto, de su amadísimo protector, dio palabra formal y solemne de abstenerse de ir a la plaza de los Venegas, mientras que don Trinidad no dispusiera otra cosa...

Pasaron, pues, nada menos que tres años sin que Manuel volviese a ver a Soledad.

Durante ellos, aquel singularísimo niño vivió primero encerrado casi continuamente en la iglesia de Santa María, más entregado que nunca a su antigua amistad con la efigie del Niño de la Bola, a la cual hacía muchos regalos, daba frecuentes besos y hasta solía hablar al oído, como si le confiara sus penas. ¡Lo que no hacía, ni aun en los momentos de mayor efusión, era llorar!... El don del llanto había sido negado a aquella desgraciada criatura.

Llegado de este modo a los catorce años, y cuando el vigilante don Trinidad, que nada le preguntaba, lo creía ya olvidado de su pasión pueril, Manuel cambió súbitamente de vida,

y comenzó a emprender largas excursiones a la sierra. En ella se estaba algunas veces ocho días seguidos, y desde luego llamó la atención que, no conociendo allí a nadie, ni acercándose jamás adonde hubiera gente, no llevase nunca provisiones ni armas...

—Muchacho —le dijo un día el clérigo—, ¿cómo te las compones para comer?

—Señor cura... —contestó el niño—, ¡en la sierra hay de todo!

—¡Sí! Ya sé que hay frutas bordes, y legumbres salvajes, y mucha caza mayor y menor... Pero ¿cómo cazas sin escopeta?

—¡Con esto!... —respondió Manuel, mostrándole una honda de cáñamo que llevaba liada a la cintura—. ¡Y con ramas de árbol! ¡Y a brazo partido..., y a bocados, si es menester!

—¡El demonio eres, muchacho! —concluyó diciendo el cura, a quien, en medio de todo, le gustaba más la vida montañesa que la civilizada, y que tampoco tenía nada de cobarde.

Siguió, pues, respetando aquella nueva manía de su pupilo, y hasta justificando que el pobre huérfano buscase una madre en la soledad y una aliada en la naturaleza, como había buscado un hermano en el Niño Jesús.

—¿Qué le hemos de hacer? —solía decir a su ama de llaves—. Si en esa vida de perros no aprende cosas buenas, tampoco aprenderá cosas malas; y si nunca llega a saber latín, le enseñaremos un oficio, y en paz. San José fue maestro carpintero... ¿Qué digo?... ¡Ni tan siquiera consta que fuese *maestro*!

—Ese niño está loco... —contestaba siempre Polonia.

Las correrías de Manuel iban haciéndose interminables, y de ellas regresaba cada vez más taciturno y melancólico, siendo cosa que ya daba espanto verlo llegar, después de meses enteros de ausencia, curtido por el sol o por la lluvia, deshechos pies y manos de trepar por inaccesibles riscos, desgarradas a veces sus carnes por los dientes y las uñas del lobo, del jabalí y de otras fieras, y siempre vestido con pieles de sus adversarios, única gala del pequeño Nemrod después de tan desiguales luchas.

Pero, ¡ay! ¿Qué valían todos estos destrozos en comparación de los que un tenaz sentimiento, impropio de su edad, o una

nueva locura, según Polonia, hacía en el alma enferma de aquel desgraciado? ¿Qué importaban tales fatigas a quien precisamente buscaba en ellas remedio o lenitivo a más íntimas y mortales inquietudes?

Porque ya hay que decirlo: con quien verdaderamente luchaba el huérfano en aquellos parajes selváticos, sin conseguir el deseado triunfo, era con su involuntario e indestructible cariño a Soledad, como también había luchado con él inútilmente en la iglesia de Santa María bajo la protección del Niño de la Bola. Pasaba ya el mozo de los quince años; era de sangre árabe, y en su fogosa y pertinaz imaginación resplandecía más fulgente y hechicera que nunca la imagen de la niña vedada, del bien prohibido, de la felicidad imposible, mientras que su escrupulosa conciencia sentía cada vez mayor repugnancia a aquel afecto criminal, infame, sacrílego (él lo calificaba entonces así), que había venido a frustrar tantos y tantos planes de reparación y de justicia, amasados lentamente por el huérfano en tres años de meditación y de mudez. Figurábase que su padre maldeciría desde el cielo aquel amor inventado por el demonio para dejar inultas la ruina y la muerte del mejor de los caballeros, y hacía esfuerzos inauditos por arrancarse del alma el nombre de Soledad, por no ver la cariñosa luz de sus ojos, por no oír el eco de su dulce voz, por no envidiar el regalo de su sonrisa, por matar, en fin, aquel insensato deseo de ser amigo suyo, de serlo siempre, de serlo más que nadie, que precisamente había nacido en su soberbio corazón de la misma imposibilidad de lograrlo.

No sabemos en qué habría venido a parar Manuel, ni si efectivamente hubiera acabado por cubrirse todo de vello y andar en cuatro pies como las bestias feroces, según vaticinaba el ama del cura, a no haber logrado ésta convencer a don Trinidad de que el presunto Nabucodonosor estaba más enamorado que nunca de la hija del usurero; de que tal era la causa de la desastrada vida que hacía, y de que aquel indomable y contrariado cariño daría muy pronto al traste con el poco juicio que le quedaba al infeliz, en cuyo caso ¡ya podían echarse a temblar don Elías, su esposa, su hija y todos los nacidos que se le pusieran por delante!

Penetrado que estuvo don Trinidad de estas razones, púsose a discurrir la manera de conciliar con los eternos principios de la moral y de la justicia el cariño de Manuel a Soledad, que tan execrable le había parecido tres años antes; y después de largas cavilaciones e insomnios, y de muchas conferencias con su dicha ama, con una hermana muy discreta que el ama tenía y con la propia mujer del usurero (la cual solía avistarse con el bondadoso padre de almas cuando Manuel estaba en la sierra), hizo al fin su composición de lugar, en forma de sermón de Domingo de Cuasimodo, cuyas ideas capitales fueron las siguientes:

1.^a Que don Elías Pérez y Sánchez, alias *Caifás*, aunque avariento y cruel por naturaleza, obró siempre dentro de la ley escrita en sus negocios con don Rodrigo Venegas y Carrillo de Albornoz, sin compelerlo ni excitarlo nunca a que le pidiese dinero prestado, ni exigirle después otros réditos o ganancias que los estipulados solemnemente por ambas partes.

2.^a Que el haber costeadado *exclusivamente a sus expensas* una partida armada contra los franceses, constituyó desde luego, la mejor gloria de don Rodrigo Venegas, tanto más de agradecer y de estimar, cuanto mayores perjuicios le hubiera causado; de modo y forma que si don Elías Pérez hubiese accedido a perdonarle alguna parte de su adeudo, como solicitaron indiscretísimos mediadores, habría aminorado con tal indulto la importancia del patriótico servicio del buen caballero, rebajando en igual proporción el lustre de su nombre en las páginas de la historia.

3.^a Que no fue el prestamista quien puso fuego a su propia casa, sino precisamente sus apurados deudores, entre los cuales figuraba en primera línea don Rodrigo Venegas, y que si éste murió por salvar los valiosos papeles de su acreedor, también se libró con ello de la ignominiosa imputación de incendiario y petardista que seguía pesando sobre los demás, y alcanzó de camino una nueva gloria, cuyo mérito consistía cabalmente en que aquella valerosa acción pareció tan *desinteresada* como espontánea; nobilísimo carácter que hubiera perdido desde el momento en que, por premio de ella, don Elías Pérez y Sánchez hubiera hecho alguna donación o rebaja

a don Rodrigo Venegas o al pobre huérfano; pues entonces el acto heroico se habría convertido, a los ojos de los maldicientes, en un atrevido medio de ahorrarse dinero o de procurárselo a su hijo...; cosa que hubiera rechazado enérgicamente el hijodalgo desde este mundo o desde el otro.

4.^a y última. Que por consecuencia de estas premisas, y bien examinado todo lo definido en la materia por el Concilio de Trento, podía decidirse, para evitar mayores males, y suelta la conformidad de los interesados, que no había imposibilidad moral ni impedimento canónico para que la hija de don Elías Pérez y Sánchez llegase a ser amiga, y hasta mujer, si las cosas iban a mayores, del hijo de don Rodrigo Venegas y Carrillo de Albornoz, dijese lo que quisiera el novelero y desalmado público, siempre ganoso de ajenos compromisos y desastres en que desempeñar gratis el cómodo oficio de espectador o plañidero.

Satisfecho don Trinidad de su discurso, que puede decirse fue el que más trabajo le costó hilvanar en toda su vida, llamó a capítulo al atribulado huérfano, precisamente el día que cumplió éste dieciséis años; y, previa una larga oración en que se encomendó a la Virgen y a san Antonio de Padua, le fue exponiendo todas aquellas razones en términos muy claros, aunque no muy precisos, acabando por abrazarle y llorar, que era su argumento Aquiles en los grandes apuros.

Finalmente: después del sermón que llamaremos *oficial*, el buen padre cura se levantó del sillón de vaqueta que le había servido de cátedra, y descendiendo al estilo llano y pedestre, por si el joven se había quedado en ayunas, díjole a manera de corolario casero:

—Conque ya ves, alma de cántaro, que nada se opone a que te salgas con la tuya y que seas amigo de Soledad y de su familia, ni tampoco a que dentro de algunos años, cuando tengáis edad de pensar en tales barrabasadas, lleguéis a ser marido y mujer, suponiendo que esa muñeca siga queriéndote tanto como *te quiere ahora...*, según acaba de decirme su madre... ¿Por qué pones esos ojos tan espantados? ¿Crees tú que yo me duermo en las pajas cuando se trata de tus menores caprichos? Pues, ¡sí! La señá María Josefa, que es una excelente mujer, en

medio de todo, sospecha que su hija te quiere, y se alegraría en el alma de que las historias de don Elías con tu padre se transigieran, andando el tiempo, por medio de una bendición... que yo os echaría con mucho gusto. Y es que la pobre, como no ha inventado la pólvora, entra a veces en escrúpulos de si el veinticinco por ciento sería demasiada gabela, y de si eso que llaman el *interés compuesto* puede admitirse entre personas cristianas... En fin, ¡majaderías! ¡Cuestiones de ochavos, que nada tienen que ver con Dios ni con la felicidad de nuestra alma en este mundo ni en el otro, y que a tu buen padre no le importaron nunca un comino! Por consiguiente, ¡a ser bueno, a engordar, a vestirse como las personas regulares y a no hacer más tonterías! Ahí te tiene preparada Polonia una ropa nueva, no del todo mala, para que celebres hoy tu decimosexto natalicio... ¡Ya eres un hombre! En cuanto a don Elías, aunque andará reacio (pues es muy duro de mollera, y tu padre y tú habéis sido causa eficiente de que lo miren con tan malos ojos en el pueblo y de que el hombre tenga que vivir entre cuatro paredes como un leproso, habiendo tú hecho muy mal —y ya te lo previne, pues era una falta de respeto— en ir a sentarte todas las tardes enfrente de sus balcones, cosa que, según me ha dicho la seña María Josefa, lo ponía fuera de sí, y con muchísima razón...); en cuanto a don Elías Pérez, digo, ya lo amansaremos entre todos cuando tengas veinte o veinticinco años... ¡Todavía eres un niño! Lo principal es que le sigas gustando a esa mocosa; pues ella hará que su padre le diga *amén* a todo, según costumbre... (¡Es mujer, y basta!... ¡Dios nos libre!). Conque anda, y lávate, y ponte la ropa nueva, no dejando de venir luego a que yo te vea hecho un brazo de mar... Polonia te ayudará a peinarte esas greñas de oso. ¡Bendito sea Dios y qué trabajo cuesta criar un hombre!

Imaginémonos la emoción que causaría a Manuel este remate del discurso. ¡Soledad le amaba! ¡La madre protegía aquel cariño y soñaba con llegar algún día a casarlos! ¡El señor cura, el hombre más honrado de la tierra, no hallaba nada censurable en aquel casamiento! ¡Había, en fin, un traje nuevo que ponerse y con que poder ir enseguida a la plaza de los Venegas a tratar de ver a Soledad después de tan larga se-

paración!... ¡A Soledad, que ya tendría más de catorce años, que ya sería casi una mujer, y que había hallado *hermoso* al niño, cuando de seguro no lo era tanto como el adolescente!

Así debieron discurrir el egoísmo y la vanidad de Manuel en contestación al corolario de don Trinidad; y aun estamos por decir que estas lisonjeras consideraciones, más que los razonamientos morales del cuerpo del sermón, convencerían al hijo de don Rodrigo de que se había estado mortificando sin causa alguna, de que podía dar por terminadas todas sus penas y de que ya no tenía que hacer otra cosa que ponerse inmediatamente el traje nuevo y emprender una campaña pacífica en demanda de la mano de Soledad... para cinco años después, o para mucho antes si posible fuese.

Las once de la mañana iban a dar cuando el joven salió del despacho de su protector, y no eran todavía las once y media cuando ya estaba hecho un ascua de oro, en la silenciosa plaza de su mismo apellido; pero no sentado esta vez en el fatídico poyo que tantas amarguras le recordaba, sino paseándose mansamente a la puerta del colegio de niñas, en la esperanza de que Soledad siguiese yendo todavía a él, y contando por milésimas los instantes que faltaban para las doce.

Según acababa de advertir el imberbe amante su disculpable presunción, aquella hermosura, que tan famoso lo hizo de niño, habíase aumentado extraordinariamente en la crisis de la pubertad. No obstante los rigores de su áspera vida en la sierra, o más bien merced a ellos, casi tenía ya la estatura y robustez de todo un hombre y aquel sello de fuerza y majestad viril que once años después produjo tal admiración en cuantos le vieron marchar a caballo entre la capital y la ciudad... Con todo, la natural lozanía de los dieciséis abríales prestaba entonces al rostro del adolescente su encantadora suavidad y virginal frescura, más realzadas que oscurecidas todavía por las vagas penumbras del apenas incipiente *bozo*. En resumen: era a la par niño y hombre, tan en sazón de que una rapazuela de catorce años y medio (Soledad, verbigracia) no le creyera demasiado persona para ella, como de que cualquier moza, mujer y hasta archimujer, lo mirase ya con ojos pecadores.

Paseábase, digo, el gentil mancebo por la puerta del colegio de niñas, muy pagado de su figura y también de su llamante ropa de paño azul, de su sombrero recién sacado de la tienda, y del pañolillo carmesí, de la India, que Polonia le había puesto al cuello, sujetándosele con una sortija de similor y piedras de Francia, que el cura le regaló el día que cantó misa (pues hay que advertir que esta ama, antes de serlo de llaves, lo había sido de leche del bueno de don Trinidad, a quien seguía diciendo a solas *mira niño...*), cuando dieron las doce en el reloj de la catedral, y se abrieron simultáneamente la puerta del establecimiento (para dar paso a Soledad y a otras educandas) y la puerta del caserón de los Venegas, para dar paso al viejecillo que ya conocemos.

Las otras niñas se alejaron de Soledad con aire misterioso al ver que se le acercaba aquel joven, a quien de seguro reconocerían: el criado, que lo reconoció también, se quedó inmóvil junto al portón del palacio, temiendo seguramente alguna catástrofe, y Soledad (de quien no hay que decir que antes que nadie se había hecho cargo de todo) púsose más encendida que la grana y trató de seguir su camino.

—Oyeme, niña... —le dijo entonces con inusitada blandura el desabrido Manuel, atajándole el paso respetuosísimamente—. Tengo que darte un recado para tu padre.

Soledad se paró, y, repuesta de su sorpresa en el mismo instante, fijó sus grandes y dulces ojos en los del hijo de don Rodrigo Venegas, sin la menor expresión de timidez ni sobresalto. También había crecido bastante la niña, cuyas nacientes gracias juveniles recordaban a la Ofelia de Shakespeare. Aún iba vestida de corto, en lo cual no hacía bien su madre, ni menos en seguir enviándola al colegio, pues era exponerla a que algún descarado le dirigiese la flor, allí usual, de que más parecía una maestra que una discípula... Lo decimos, entre otras varias razones, porque no podía darse nada tan atractivo y misterioso como el poético semblante de aquella adolescente, cuya expresión de profunda y reservada inteligencia despertaba ya viva curiosidad y loco deseo de penetrar en el abismo de su alma...

Manuel quedó embelesado y sin poder continuar su discurso al reparar en los nuevos hechizos que hermo­seaban a la

gentil criatura con quien se había desposado su espíritu desde la niñez, y bajó un momento los ojos, como deslumbrados por tanta belleza...

Era enteramente el reverso del famosísimo primer saludo de Fausto a Margarita: ella representaba la seducción, y él la inocencia.

—Soledad... —prosiguió diciendo el semisalvaje, con voz tan mansa y melodiosa que hubiera enternecido al más feroz tirano—. Dile a tu padre, de parte de Manuel Venegas, que de ti, y sólo de ti..., depende el que él y yo seamos amigos. Dile que te quiero más que a mi vida y que estoy pronto a perdonarlo si consiente en casarnos cuando... tengamos la edad, por cuyo medio quedarán arregladas antiguas cuentas y se evitarán muchos disgustos... Dile que yo estudiaré y trabajaré entretanto, a fin de llegar a ser un hombre de provecho... Y, en fin, dile que tu madre y don Trinidad Muley entran gustosos en estas paces.

«¿Y yo?», pudo preguntar la niña.

Pero se guardó muy bien de preguntarlo.

En cambio, tampoco respondió cosa alguna. Sólo había sido fácil notar que cuando oyó al huérfano declarar su cariño en términos tan vehementes y decir lo de la conformidad de la madre y el cura, bajó los párpados y se mordió los labios, como para ocultar sus emociones.

Acabado que hubo Manuel su breve discurso, Soledad intentó de nuevo seguir marchando; pero el joven volvió a detenerla con exquisita finura, y añadió lo siguiente:

—Mañana, a estas horas, te aguardaré aquí mismo para saber la contestación de tu padre.

Dicho lo cual, la saludó muy políticamente, quitándose el sombrero y dejándole franco el camino.

Fue entonces Soledad quien se detuvo..., para clavar en Manuel una larga mirada de cariño y reconvención: movió luego los labios con ternura, como disponiéndose a decirle alguna cosa; pero se arrepintió enseguida, y bajó los temerarios ojos, con no sé qué tardía modestia; sonrió, en fin, levemente, como burlándose de sí propia, y echó a correr hacia el palacio con más aturdimiento y ligereza que aconsejaba su calidad de núbil.

Ya era tiempo, pues en aquel instante comenzó a tronar una voz terrible al otro lado del portón; viose salir muy asustada a la señá María Josefa en busca de su hija, y notose que el viejo cobrador daba excusas a la persona invisible que rugía dentro del portal.

Manuel, en medio del inefable arrobamiento que le había causado la indefinible mirada de la joven, sintió vibrar en su pecho la ira, y estuvo para correr también hacia el palacio. Pero luego se dominó bruscamente, y, encogiéndose de hombros, tomó con majestuosa lentitud el camino opuesto, sin volver la cabeza para ver lo que seguía ocurriendo en la plaza, de donde salió a punto que cesaron las voces y se oyó cerrar el portón...

—¡Mañana veremos!... —iba diciéndose el mozo con la tranquilidad de la justicia y de la fuerza.

VIII

PERIPECIA

El día siguiente, a las once de la mañana, estaba ya Manuel a la puerta del colegio, en busca de la contestación que aguardaba de parte de don Elías, y mientras era llegada la hora de que la niña saliese de aquel *santuario* (donde vulgarísimas muchachas y estólicas maestras —así suelen discurrir los enamorados— tenían la gloria de verla coser y de oírla decorar sus lecciones, como si también ella fuese criatura mortal), el pobre mancebo se paseaba, lo más lejos posible del mudo case-rón, enmarañando y devanando por centésima vez en su cabeza mil encontradas conjeturas sobre la significación del rubor, de la mirada, del enojo, del desenojo, del miedo, de la sonrisa y de la fuga de la intrépida y silenciosa adolescente durante la escena de la víspera...

De lo que no podía dudar era de que Soledad le amaba; no ya sólo porque don Trinidad se lo hubiese contado la mañana anterior con referencia a la mujer del usurero, sino porque a él se lo había dicho su leal naturaleza al recibir aquella mirada (reveladora de dulces y ya presentidos misterios) con

que la niña, trocada en mujer, había transfigurado al niño en hombre.

En cuanto a lo que pudiese contestar don Elías a su demanda, Manuel estaba también completamente tranquilo.

—¿Qué mejor recurso le queda al acorralado *Caijás*—decía-se el joven, rebotando júbilo, soberbia y confianza— que transigir conmigo, que escapar a mi furia, que liquidar amistosamente con el espectro de mi padre, con el público y con Dios?... ¡Nada! ¡Nada! ¡Soledad es mía! ¡Terminaron mis penas! ¡Desde mañana comenzaré a trabajar y dentro de cuatro o cinco años seré bastante rico para casarme con mi adorada!

A todo esto iban a dar las doce, y el cobrador del prestamista no salía del palacio en busca de la educanda... ¿No habría ido ésta aquel día al colegio? Los minutos se le hacían siglos al impetuoso Venegas, y desde aquel instante comenzó a dudar de la solidez del edificio de sus esperanzas...

Dieron, por último, las tres Avemarías todos los campanarios de la población, y las niñas comenzaron a salir del colegio, primero en grupos, luego desperdigadas... ¡Soledad era la única que no salía! ¡Y el criado no iba tampoco por ella!

Manuel no pudo contenerse más, y acercándose a una colegialilla de cinco o seis años que se había quedado rezagada y pasó cerca de él, le preguntó con afectada indiferencia:

—Dime, niña: ¿y Soledad? ¿No ha venido hoy al colegio?

—No, señor... —respondió el gorgojo—. La han quitado... ¡por mala!

—¡Ah, viejo infame! —gritó Manuel, volviéndose hacia el caserón con el puño cerrado, como amenazando derribar aquellas paredes y sepultar bajo sus escombros a don Elías.

Y se encontró cara a cara con don Trinidad Muley, que hacía ya un rato estaba interpuesto estratégicamente entre su atolondrado pupilo y la casa del usurero.

—¡Tienes razón! ¡Es un pícaro, y por eso he venido yo a buscarte! —dijo el clérigo, cogiendo de un brazo a Manuel.

—¡Señor cura! —exclamó éste con desesperación—. ¿Por qué no me dejó usted morirme el día que enterraron a mi padre?

—¡Muchacho!, ¿qué dices? ¡Eso es una blasfemia! —contestó don Trinidad, estremeciéndose—. Anda... Vámonos de

aquí... Tenemos que hablar. El día está bueno, y tomaremos el sol en el Camino de las Huertas. Allí no hay nadie a estas horas.

Manuel había inclinado la cabeza sobre el pecho y caído en una profunda meditación.

—Vamos..., vamos... Sígueme... —continuó diciendo el sacerdote—. No te abatas de esa manera... Para todo hay remedio en este mundo, máxime cuando se tienen sentimientos cristianos... Yo te diré lo que hay que determinar en el presente caso... ¡Conque anda, que aquí hace mucho frío!

El joven siguió a su protector sin levantar la cabeza, pensando más, indudablemente, en sus propios recursos y en los atrevidos planes que formó aquel día, que en lo que el cura tuviera que decirle.

Llegados al próximo Camino de las Huertas, don Trinidad Muley (de quien hemos olvidado decir que a los treinta y siete años de edad era ya excesivamente grueso) se paró como una nave que da fondo; quitose el enorme sombrero de canal, se limpió el sudor con un gran pañuelo de hierbas, tomó aliento dos o tres veces, y habló así:

—Pues, señor: ¿para qué andar con circunloquios?... ¡Es menester que olvides a Soledad! Su padre te aborrece con sus cinco sentidos, y no te la entregará nunca. «¡No me lo nombres!... ¡Prefiero verte muerta!», le dijo ayer, en contestación a tu sensato mensaje; e inmediatamente mandó al colegio por la silla y demás efectos de la muchacha, haciendo decir a la maestra «que Soledad era ya demasiado grande para aprender tonterías»... Todo esto me lo acaba de contar, llorando, la señá María Josefa en una entrevista misteriosa, para la cual me citó hace una hora, y que hemos celebrado en casa de otro sacerdote... ¡La pobre mujer es una santa! Conque, ¡lo dicho! ¡Es menester que me des palabra de honor y hasta que me jures no volver a acordarte de Soledad!

Manuel seguía con la cabeza baja y aparentemente tranquilo; y, cuando el cura hubo callado, le preguntó con lentitud y precisión:

—Dígame usted: ¿y Soledad? ¿Qué ha respondido a su padre?

—¡Vaya una salida!... ¡Nada!... ¿Qué había de responderle?
—Pero... ¿ha dado muestras de sentimiento?... ¿Ha llorado?...

—Soledad es como tú... ¡Soledad no llora!

—¿Y cómo sabe usted que no ha llorado en esta ocasión?

—¡Toma! Porque también se lo he preguntado yo a su madre... ¿Crees que, porque estoy vestido de cura, no entiendo yo de estos negocios?

Manuel continuó preguntando:

—¿Y qué dice la señá María Josefa? ¿Sigue creyendo que su hija me quiere? ¿Espera que se someterá a la voluntad de su padre?

—¡Mira, niño!... —respondió el cura muy amostazado—. ¡Aquí no hemos venido a hablar de Soledad, sino de ti! ¡A mí no me mareas tú!

—¿De modo que no quiere usted decirme la opinión de la madre? —exclamó el joven con sentido acento.

—¡No, señor!... ¡De ningún modo!

—¡Corriente! ¿Qué le hemos de hacer? Usted es mi segundo padre..., y no hay más que tener paciencia. ¡Yo veré cómo me las compongo!

—¡Malo, malo, Manuel! Tú no me quieres... ¡Ya empiezas a echar bravatas!... ¡Esa pícara soberbia ha de ser tu perdición en este mundo!

—Se equivoca usted, señor cura. Yo quiero a usted... como un hijo; pero ¡eso no impide que quiera también a Soledad con toda mi alma!

—Pues ¡es menester que no la quieras, aunque revientes! ¡Es menester que la olvides por completo!... ¡Te lo mando yo!...

—¡Imposible, don Trinidad, imposible! —contestó Manuel, con un reposo y una dulzura que dieron a sus palabras más energía que si las hubiese dicho en el calor del entusiasmo—. ¡Aconsejarme que me desprenda de Soledad es pedirme toda la sangre de mis venas; y, aun suponiendo que la derramara y que pudiese criar otra, también sería suya a media vez que la nueva sangre pasara por mi corazón! Padre, mi corazón pertenece a Soledad, como la piedra pertenece al suelo; que, por muy alto o muy lejos que la tiren, siempre va a parar a él. Yo

he pasado tres crueles años en la sierra, lidiando por arrancarme este cariño, cuyas raíces corren por todo mi cuerpo y por toda mi alma...; yo le he expuesto en aquellas alturas al furor de los huracanes desencadenados, para ver si lo desarraigaba de mis entrañas, y sólo he conseguido fortalecerlo más y más por consecuencia de la misma lucha. Dígame usted ahora qué camino me queda... ¿Morirme?... ¿Matarme?... ¡Pues no quiero, porque eso es alejarme de Soledad!

—Muchacho, ¡tú eres el demonio! —respondió el cura—. ¡Tú hablas como esos libros prohibidos que llaman *novelas*, y que, en buena hora lo diga, no han caído todavía en tus manos! Y lo peor del caso es que no sé qué contestarte... Por consiguiente, dime tu plan, pues de fijo tendrás alguno...

—¿Yo? —replicó Manuel con fanática tranquilidad—. Yo no sé lo que pasará el día de mañana, ni por dónde habrá que romper esta cadena que llevo liada al cuerpo... ¡De lo que estoy seguro es de que Soledad será mía!

—Pero... ¿si no te quisiera?...

—¿Se lo ha dicho a usted su madre?

—¡Dale, bola! Su madre no me ha dicho eso..., sino precisamente lo contrario... La pobre mujer sigue creyendo que su hija se alegraría muy mucho de que el viejo transigiese contigo... Pero ¿si, lo que es un suponer..., te olvidase la muchacha?...

—¡No me olvidará, señor cura!

—Bien...; pero ¿si don Elías se empeñase el día menos pensado en casarla con otro?...

—¡Tampoco puede suceder eso!

—¿Cómo que no? ¡Figúrate que la solicitara algún ricacho!...

—No la solicitará nadie. El evitarlo es cuidado mío.

—¡Manuel!

—¡Señor cura!

—¡Me dan miedo tu frialdad y tu confianza!

—¡Y con razón! ¡Hay veces que yo también me asusto de mí mismo!

—¿Qué piensas hacer?

—¡Sábelo Dios! Soledad me pertenece, y yo procuraré defenderla... No le digo a usted más.

—Pero yo no podré consentir... Yo no consentiré nunca que te dejes llevar de esa soberbia satánica que vas descubriendo... ¡Tenlo entendido desde hoy! Yo soy cristiano; yo soy sacerdote... A mí me gustan los valientes, pero no los iracundos...; y, por tanto...

—¡Comprendo! ¡Comprendo!... Me arrojará usted de su casa... ¡Es natural, y yo tendré paciencia!

—¡Vete al demontre! ¿Quién te habla de semejante cosa? Lo que digo que no consentiré es que hagas nada *contra la ley de Dios...*, ni creo que tú seas capaz de infringirla... Pero si tal haces, no obstante el esmero que he puesto en enseñártela, me moriré de rabia de que no seas mi verdadero hijo... (¡en cuyo caso te abriría en canal!) y de vergüenza de haber criado casi a mis pechos a semejante monstruo.

—Tranquilícese usted, mi buen padre... —respondió Manuel con aquella gravedad que no debía a los años, sino a la tristeza de su vida—. ¡Yo no quiero más que justicia seca!... ¡Justicia para todos!... Defenderé mi derecho y lo haré respetar por todo el mundo: protegeré la libertad de la pobre niña, e impediré que su padre la sacrifique, como me ha sacrificado a mí; y por estos sencillos medios, no lo dude usted, Soledad será mi esposa.

—Tú te entenderás..., y yo no te perderé de vista. La verdad es que no hay que matar al sastre en una hora... ¡Os queda mucho tiempo!... Tú mismo, aunque saliste bruscamente de la niñez, hace seis años, cuando se murió tu padre y te volviste un somormujo, todavía no tienes edad de pensar en casorios. Y en cuanto a la mozuela..., ¡ya ves, catorce años!... ¡Nada..., una hierbecilla!... ¡Un diablo que os lleve a los dos! ¡Jesús! ¡Tengo un hambre! ¡Debe ser más de la una!... ¡Todo esto sin contar, mi querido hijo, con que don Elías pasa de los sesenta años, y se puede morir cuando Dios disponga!... ¡Sesenta y cinco tiene, según mi cuenta!... Además, ha habido muchos padres (yo recuerdo algunos) que primero han dicho que no y luego que sí... ¡Dios es grande y misericordioso: aprieta, pero no ahoga, y en teniendo uno la conciencia tranquila!... ¡Diantre! ¡La una en el reloj de la catedral! Anda..., anda..., démonos prisa, que hoy la sopa es de fideos y ya estará Polonia echando venablos...

Chiquillo, ¿no me oyes? ¿En qué piensas? ¿Tendré yo que perderte el abrazo de paz? Pues ¡te lo pido! ¿Estás ya contento?

Manuel abrazó, en cuanto era posible, la respetable mole de don Trinidad Muley, y no contestó palabra alguna; pero en su noble y hermosa frente se leían temerarias resoluciones.

IX

OPERACIONES ESTRATÉGICAS

Desde aquel triste día hasta la fecha del ruidoso lance que obligó a Manuel a salir de la ciudad (para no regresar a ella en el espacio de ocho años, según indicamos en el libro primero de la presente historia), cumplió nuestro joven con asombrosa firmeza de carácter el vasto programa que había concebido en el Camino de las Huertas, y cuyos pormenores no creyó oportuno explicar al buen cura de Santa María; programa atrevidísimo y sumamente complicado (a lo que se vio después), que contenía tres líneas paralelas de conducta: una para consigo mismo, otra para con el público y otra para con don Elías y Soledad.

Respecto de sí mismo, había resuelto trabajar y ganar dinero, no sólo para dejar de ser gravoso a su protector, sino para ir reuniendo un pedazo de pan que ofrecer algún día a su adorada, seguro de que ella lo aceptaría gustosísima, dejando inmediatamente a don Elías y sus mal ganados millones por los puros goces del amor y de la virtud, únicas bases firmes de la felicidad, según aquel imberbe heredero de don Quijote.

La sierra, tesoro que entonces no era de nadie, y del cual, por ende, podían gozar todos a título de aprovechamiento común, fue también en esta ocasión ancho campo de la actividad y gigantesco poderío del huérfano; pero no ya para fantasear allí, corriendo inútiles peligros, o para gozar a sus anchas de la libre vida de la naturaleza, sino para sacar abundantísimo fruto de las providenciales lecciones que le diera su padre y del propio conocimiento por él adquirido acerca de los misterios y riquezas de aquella maravillosa montaña, que en otra obra nuestra denominamos *La Madre de Andalucía*.

Industrias allí olvidadas desde la expulsión de los moriscos, o en desuso desde la muerte de don Carlos III, y no pocos provechos y explotaciones que hasta época recientísima no han merecido la atención de las gentes, sirvieron de objeto a la pasmosa inventiva y titánica laboriosidad de Manuel, el cual, sin ayuda ajena, por no divulgar secretos que poseía él solo, fue juntamente herbolario, cazador con destino a la peletería, maderero de especies extrañas y preciosas, colector de bichos raros, cantero de jaspes y de serpentina y lavador de oro.

Estas tres últimas faenas, especialmente, le produjeron pingües utilidades. Hállase el oro en abundancia entre las arenas de un río nacido en aquellas alturas, y si tal riqueza no ha bastado hasta ahora a convertir la comarca en una especie de Perú, consiste en que la operación de extraer y lavar dichas arenas es tan larga y penosa, que el hombre más laborioso, de condiciones ordinarias, trabajando doce horas al día, apenas reúne el oro bastante para costear el pan que se come... Y por lo que toca a los jaspes y a la serpentina, aunque se presentan a flor de tierra en los altos barrancos rodeados de eternas nieves, su arrastre es tan difícil y peligroso, que sólo raras veces, y para la decoración de suntuosas iglesias, se había acometido el arduo empeño de utilizarlos... Pero ¿qué eran tales inconvenientes tratándose de un hombre de los extraordinarios recursos de Manuel? ¿Quién vio reunidas nunca tantas luces naturales, tanta fuerza física, tanta agilidad y tan inquebrantable perseverancia? ¿Quién conocía como él la sierra? ¿Quién estaba tan hecho a sus rigores, tan familiarizado con el laberinto de sus senderos, tan práctico en el modo de trepar a sus cumbres o de bajar a sus hondos precipicios? Desvió, pues, las aguas de sus cauces, construyó presas y balsas, condensó por decantación las hojuelas y pajitas de oro, como hoy se hace en la California, y, por estos medios, hubo semana que recogió más de treinta adarmes del precioso metal... Y para conducir rodando, sin que se quebrasen, hasta el pie de la sierra los jaspes y la serpentina, forró de grandes hierbas y de bien trabado ramaje sus pesadas moles, y las deslizó, a riesgo de morir, por las chorreras de las nieves derretidas (sin reparar en si eran más o menos practicables), precipitándose él detrás de cada

uno de aquellos artificiales aludes cuando el ingente envoltorio caía dando tumbos de roca en roca, por haberse convertido el lecho de torrente en escalones de catarata.

En fin: para el resto de sus mencionadas industrias; para coger las hierbas medicinales más codiciadas o los animalillos raros de especies hiperbóreas, cuya piel se paga a altísimos precios; para enriquecerse con todo lo que produce aquella privilegiada región (donde simultáneamente reinan las cuatro estaciones, según la altura barométrica, y lo mismo se da el liquen blanco que el añil, el abeto que la caña de azúcar, el ajenjo que el café, el castaño que el chirimoyo), tuvo también que arrastrar fatigas increíbles; tuvo que pernoctar en los eternos hielos; tuvo que bajar a pavorosas lagunas, jamás visitadas; tuvo que escalar inexplorados picos; tuvo que ser un verdadero Hércules...

Recogida la cosecha de los cuatro primeros días de la semana, Manuel se encaminaba los viernes a tal o cual puertecillo de la vecina costa, y allí vendía todo lo que le era dable transportar por sí mismo, y contratava la conducción de las maderas, de la serpentina y de los jaspes que había dejado reunidos en terreno relativamente bajo y accesible; con lo que el sábado estaba de regreso en su ciudad natal llevando en el bolsillo un buen puñado de dinero, que dividía en tres porciones iguales: una para Polonia, a fin de que atendiese a vestirlo con gran lujo, aunque sin salir del estilo plebeyo; otra, que entregaba a don Trinidad, para que le mantuviese y aumentase el culto de la imagen del Niño de la Bola, y la tercera, que el joven conservaba para ir formando su tesoro particular, o sea su segundo tesoro, puesto que el digno sacerdote iba guardando íntegras, como en depósito y sin decirlo, todas las cantidades que recibía de Manuel, sin perjuicio de aumentar a su propia costa el culto del Niño Jesús, *por cuenta del alma de su pupilo*.

De vuelta en la ciudad, donde permanecía hasta el lunes por la mañana, vestíase elegantísimamente, y se dedicaba a ejecutar la parte de sus proyectos relativa *al público*. Reducíase ésta a lo que llamaba donosamente *hacer justicia*, y tenía por objeto irse captando poco a poco, además de la lástima y el cariño

con que siempre le honraron sus conciudadanos, su estimación, su respeto, su obediencia, su temor... (en el sentido saludable de la palabra), hasta llegar a ser, como fue muy pronto, el amo, el rey, el dictador de la ciudad.

La *justicia* sirvió, en efecto, de único resorte al hijo de don Rodrigo Venegas para lograr tan alta magistratura de hecho... Queremos decir que durante tres años dedicó aquellos dos días de la semana a destronar matones, a reprimir déspotas, a defender a los débiles contra los fuertes, cuando la razón estaba de parte de la debilidad; a sostener el imperio de la ley, en los casos no justiciables por los encargados de aplicarla, y a corregir todo abuso, toda iniquidad, toda tropelía que trajese indignados a los hombres de bien. Buscó en sus respectivos barrios, y en medio de su corte de vencidos, a los valientes y perdonavidas más famosos de la ciudad, y les echó en cara sus desmanes y desafueros, diciéndoles que estaba dispuesto a no consentirlos... Observase que, al proceder así, iba, como siempre, sin armas, y alguno quiso abusar de ello y acometerle puñal en mano... Pero ¿de qué sirve el puñal a quien tiene encima al león? Ni ¿qué importa al león un poco de hierro en la mano de un hombre? Rápido como la luz, Manuel cayó sobre el atrevido; tirole en tierra al solo impulso de su violento salto; cogióle el brazo asesino con las tenazas de sus dedos, y se lo rompió como si fuera débil caña. Revolviose luego contra los demás...; pero encontrose con que todos eran ya sus vasallos y le aplaudían, mientras que llenaban de injurias al matón caído...

Casi ninguna otra prueba material tuvo que hacer el osado mancebo para que se le sometiesen todos los barateros de la población. Dondequiera que había riña o tumulto y él se presentaba, era juez y árbitro del conflicto. Una mirada de sus ojos, o media palabra de sus labios, bastaba para que se marchasen tranquilos los cobardes, y llenos de miedo los valientes. Y como además en muchas ocasiones transigía pleitos o remediaba daños a costa de su bolsillo; como casi igualaba a don Trinidad Muley en la abnegación con que socorría al necesitado y compartía sus riesgos y dolores; como ya había salvado la vida a más de una persona, luchando, ora con el in-

endio, ora con la epidemia, ora con la inundación, resultaba que su predominio, lejos de humillar, era grato y parecía justo, a tal extremo que el vasallaje se convirtió en adoración y reverencia.

Diferentes causas de índole muy distinta contribuían también a ello... ¿Cómo no? Su noble cuna, el recuerdo de su heroico padre, sus desgracias, su excéntrica vida, su identificación con el Niño de la Bola, sus pocas palabras y precoz austeridad, su grave cortesía con los buenos, su hermosura, su elegancia, la buena sombra que le prestaba un padrino tan popular como don Trinidad Muley, el no conocersele vicio alguno, la misma idea de que Soledad le amaba, y, en fin, hasta el presentimiento de que algún día castigase a *Caifás*, desagráviando a tantas y tantas víctimas de su insaciable sed de oro..., eran parte a sublimarlo a los ojos del pueblo y a convertirlo en uno de aquellos héroes que luego salen en romances y relaciones.

Y, a la verdad, aquel adolescente medio salvaje tenía mucho de legendario y superior, aun en el orden moral y metafísico. El alma heroica que heredó de su padre, si bien abandonada a sí misma por falta de educación literaria, había sido pulimentada por el dolor, por la soledad, por el estudio reflexivo de la naturaleza y por la ardiente devoción que fue resultado de la especie de éxtasis en que pasó tres años consecutivos. ¡Siempre meditando y callando en aquellos dos templos (la iglesia y la sierra), ya entregado a su dolor de huérfano, ya a su odio al verdugo de su casa, ya al amor de Soledad, ya a la pugna de estos tres afectos, había llegado a adquirir gran conocimiento de las fuerzas de su espíritu; por lo cual no era extraño que, aun siendo tan joven, se sobrepusiese al espíritu de los demás! Pasábale lo que a Jacob después de su lucha con el ángel.

Finalmente, hasta en el orden material, cúpole a Manuel la gloria, a la edad de diecinueve años, de acometer y realizar una gigante empresa, que lo acreditó e idealizó más que todas las anteriores en el supersticioso concepto del vulgo. Aconteció (y con esta anécdota daremos punto por ahora al interminable relato de las hazañas del hijo de don Rodrigo Venegas) que en el crudísimo invierno de 1831 a 1832 corriose hasta los

abrigados barrancos del sur de aquella sierra un enorme oso, procedente de las montañas de Asturias, acosado por el hambre, o sea huyendo de las copiosísimas nieves que cubrían por entero las otras sierras de la Península. Horribles estragos comenzó a hacer el animal en los rebaños y aun en las personas, bajando a la llanura a atacar a los caminantes cuando no hallaba presa en los rediles, y pregonada fue su piel en una respetable suma por todos los Ayuntamientos de la comarca; pero cuantas partidas salieron a cazarlo volvieron escarmentadas a sus hogares, o muy ufanas y satisfechas... de no haber sido cazadas por él. Así las cosas, y cuando nadie se atrevía a salir de poblado, no ya en busca del oso, sino a los asuntos más precisos, amaneció un día la fiera cosida a puñaladas en medio de la plaza de la ciudad.

Indudablemente, a juzgar por las huellas de todo el camino, el cadáver había sido llevado a rastras desde la sierra; pero no se sabía quién era el autor de tal hazaña, ni nadie se presentó a reclamar el anunciado premio...

—¡Manuel Venegas ha sido! ¡Sólo él tiene enjundias para estas cosas! —exclamó, sin embargo, la voz popular.

Y, en efecto, pronto se supo que el llamado *Niño de la Bola* había llegado aquella misma noche, todo cubierto de sangre, a casa de don Trinidad Muley, y que Luis el barbero le estaba curando tres grandes heridas que tenía en los hombros y en la espalda.

A duras penas hízose el joven confesar que él había matado al oso y referir la espantosa lucha a brazo partido que se vio obligado a mantener para ello (todo por su manía de entonces de no usar armas de fuego, que calificaba de *alevosas*); pero, en cambio, fue enteramente imposible hacerle recibir el mencionado premio.

—Se lo regalo —dijo Manuel— a Nuestra Señora de la... Soledad, a quien encomendé mi vida y mi alma en el momento de mayor peligro. ¡Cómpresele un manto nuevo y hágasele una función de primera clase!

Fácil es graduar el entusiasmo que estos hechos producirían en el público. La ciudad entera visitó al herido durante las cinco semanas que tardó en curarse, no sin que se trajese

a colación en cada visita la gloriosa muerte de don Rodrigo Venegas, cuyas heroicidades tenían tan digno continuador en su bizarro hijo. Y cuando éste salió a la calle, y se encaminó a la iglesia de San Antonio, a dar gracias a la Virgen de la... Soledad, no fueron saludos, sino aplausos y aclamaciones, los que recibió de todos los vecinos.

¿Y *Caiifás*? ¿Y su hija? ¿Qué dirían a todo esto? ¿A cómo estaban de odio y temores el uno, y de amor y esperanzas la otra, en vista del fabuloso crecimiento de aquella figura, que les importaba más que a nadie? Nada se sabía en el asunto, pues ni el padre ni la hija eran aficionados a revelar sus emociones, ni la señá María Josefa había vuelto a parecer por casa de don Trinidad. Diremos, pues, únicamente por ahora, *cuál era la línea de conducta de Manuel para con ellos* (tercera parte del programa que por tan alto modo estaba cumpliendo nuestro enamorado).

En el transcurso de los tres años que duró este período de su vida, Manuel vio todos los domingos a Soledad durante una hora, bastándole para ello plantarse enfrente de su casa al amanecer y esperar allí a que saliese a misa con su madre. Era ésta muy religiosa, e incapaz, por ende, de tolerar que su hija dejase de cumplir *el precepto*, por manera que no hubo más arbitrio que arrostrar todas las consecuencias de aquel nuevo asedio del joven, fuese cualquiera la oposición que el sitiado don Elías quisiera hacer a tan peligrosa *salida de la Plaza*.—¡No hay tirano doméstico con fuerza bastante para impedir que su mujer y su hija cumplan los deberes religiosos que les impone su conciencia, y, además, el prestamista, aunque *no practicara* (por horror a poner los pies en la calle), era católico, apostólico, romano, o quería parecerlo.

Afortunadamente, en el programa de Manuel no entraba entonces hostilizar de manera alguna a don Elías, ni dar ningún paso directo con relación a Soledad. Limitábase, pues, a esperarla, a verla pasar, a seguirla de lejos, a situarse en la iglesia de modo que pudiera estar mirándola a su sabor, a aguardarla después en la puerta y a darle nueva escolta hasta que la dejaba encerrada en el palacio. Ni más ni menos hacía; pero esto, combinado con la imponente conducta que se-

guía respecto del público, bastaba a su atrevido propósito, que era *formar el vacío* alrededor de la hija del usurero, acotarla para sí, declararla suya, estorbar que nadie la pretendiese, poner entre ella y el mundo el temido poder de su corazón y de su brazo.

La madre y la hija pasaban junto a él graves y tristes; sin mirarlo nunca (pues tal debía de ser su consigna), pero viéndolo siempre... Las mujeres no dejan de ver jamás lo que les importa... Ni Manuel se condolía de que no le mirasen ni saludaran: decíase su alma leal que aquella tristeza era una especie de saludo: figurábase las terribles órdenes que habrían recibido del usurero, con quien llevaba cuenta aparte, y las compadecía profundamente, lejos de tenerles rencor... ¡Estaba tan seguro del afecto y simpatía de ellas! Añádase a esto... que Manuel creía haber sorprendido algunas veces a Soledad mirándole de reojo...

La interesante joven había ido creciendo en gracias y hermosura, y al terminar aquellos tres años era una mujer tan exquisita y bella, de aire tan misterioso y poético, de talle tan fino, esbelto y seductor, con unos ojos negros tan melancólicos y tan sombreados por largas y sedosas pestañas, con una palidez tan interesante, con unas manos tan blancas y tan lindas, con tal señorío en toda su persona y tal seriedad en su lujoso vestir, que la imaginación popular comenzó a inventarle dictados y calificativos laudatorios, y, después de haberle llamado la *Niña de plata*, la *Perla judía*, la *Perla robada*, el *Terrón de azúcar* y otras cosas por el estilo, le puso el nombre de la *Dolorosa*, que era el que mejor le cuadraba, y con el que se quedó definitivamente, según hemos visto en otro lugar. Parecía, en efecto, una imagen de la Virgen de los Dolores; sólo que su tristeza no rayaba en aflicción, y tenía más de altiva que de dulce... Pero los trajes negros, las tocas blancas y los adornos de oro y pedrería de que siempre iba recargada contribuían, en cambio, a justificar aquel peregrino sobrenombre.

Digamos además que la popularidad de Manuel se reflejaba en la que era señora de su corazón, y que todos la veían con tanto respeto y benevolencia como odio y mala voluntad profesaban a su padre. Ni ¿qué sabemos? ¡Es tan especiosa a ve-

ces la conciencia del vulgo para transigir con sus propias flaquezas e idolatrías! Los millones peor adquiridos acaban por fascinarlo y obtener su pleito homenaje cuando ya no se ve posibilidad de privar de ellos al que los posee. De aquí el que prescriba la oficiosa acción pública (o sea la acción del escándalo) contra las riquezas ilegítimas largo tiempo gozadas, como prescriben al cabo de ciertos años algunas acciones oficiales o legales, por muy fundadas que sean. «Poseer (dice un axioma jurídico) es una de tantas formas de *adquirir*...». Y hay que tener presente que don Elías llevaba ya nueve años de quieta y pacífica posesión del caudal de los Venegas, y doble y triple tiempo de ser dueño de otros millones... Debía, pues, de estar próximo el día del indulto de la opinión general, y, entretanto, no pesaba su anatema sobre la inocente niña, en quien ya se reconocía, por lo visto, la indemnidad de los *segundos poseedores*; como tampoco había pesado nunca sobre la señá María Josefa, en la cual se apresuró la cauta plebe a reconocer otro título a su consideración, a fin de tener abierta alguna entrada moral en casa del millonario: el título de *excelente y compasiva mujer, muy apesarada de las crueldades de su marido*; cosa que, por otra parte, era cierta. En resumen: ya fuese por estas razones, ya por deferencia al benemérito Manuel, ya por su propia gentileza y hermosura, o por todos estos motivos juntos, Soledad gozaba del aprecio, de la afición, de la simpatía del vecindario, si exceptuamos algunas hembras de su clase y edad, que la envidiaban particularísimamente el romántico amor del gallardo hijo de don Rodrigo Venegas, sobre todo cuando comenzó a tener dinero, vistió con lujo y compró caballo.

Nuestro joven no cesaba de mirar a la gentil doncella con una ingenuidad y una valentía más propias del estado salvaje que del civilizado, desde que la veía salir del antiguo caserón hasta que la dejaba en él, y muy especialmente durante la misa, cual si creyera que su devoción a la llamada *Dolorosa* le eximía de atender al incruento Sacrificio. Soledad, en cambio, no quitaba los ojos del altar, arrodillada continuamente desde el principio hasta el fin de la santa ceremonia, rezando sin interrupción, a juzgar por el leve movimiento de sus labios de se-

rafin y a las muchas cuentas que pasaba del rosario... Pero ¿quién sabe dónde estaría su alma? Al enamorado mozo le decía el corazón que aquel ángel estaba pidiendo al cielo el triunfo de su mutuo cariño...; mas nosotros no tenemos datos suficientes para negar ni afirmar semejante cosa, ni tan siquiera para responder de que la joven rezase verdaderamente... ¿Acaso no hay personas dotadas del don especial de no ver lo que miran y de ver lo que no están mirando? Pues ¿quién nos dice que Soledad no era una de ellas, y que, mientras clavaba aparentemente los ojos en el altar, no contemplaba la gallarda figura de Manuel Venegas?

Repetimos que todo lo creemos posible... Ello es que el interesado (hombre de instintos muy seguros) salía siempre de la iglesia loco de felicidad, acariciando risueñas esperanzas...

Conque vayamos derechos al asunto, o sea a decir cómo se preparó y realizó el mencionado lance que puso término a este período de la vida de nuestro héroe.

X

EL EMPLAZAMIENTO

Cuando el reflexivo y cauteloso don Elías llegó a penetrarse de que Soledad, la única persona a quien había amado y favorecido desinteresadamente, podía servirle de escudo y defensa contra la ira de Manuel y contra la indignación o la mofa del pueblo (*que tal es siempre* —observaron a este propósito los moralistas— *el fruto de las buenas acciones*); cuando se convenció, digo, de cuánto la quería y veneraba el joven Venegas y de cuánto la admiraba y respetaba el público, hizo una completa revolución en su vida y costumbres.

Comenzó el viejo por aventurarse a ir a misa, cosa que deseaba hacía mucho tiempo, para librarse de la fea nota de *judío, rabote, hereje* y otras lindezas que le aplicaba el vulgo; propasose luego a salir al campo, según lo requería su salud, a juicio del médico de la casa, y acabó, finalmente, por asistir a los paseos públicos y a las fiestas populares, como cualquier hijo de vecino..., o poco menos. Todo ello (bueno es hacerlo cons-

tar) aprovechando la temporada que Manuel estuvo herido por consecuencia de su lucha con el oso...

También debemos añadir que en aquellas salidas lo acompañaba constantemente Soledad, y nunca la señá María Josefa, a quien el millonario seguía mostrando tanta esquivéz y desprecio como adoración fanática a la hija de que le era deudor. «Hay hombres que son así, y que con dificultad la hacen limpia, aun tratándose de sus más sagrados afectos», solía exclamar con este motivo la licurga hermana del ama de gobierno de don Trinidad Muley. A misa iban a la catedral, como templo más respetable o respetado que los otros... Para ir a paseo, había habilitado el prestamista un viejísimo coche o carroza de los Venegas, que encontró en la leñera del antiguo palacio... Y, cuando había procesión o castillo de fuego que ver, nunca faltaba un balcón de tal o cual deudor moroso, cuyo domicilio tuviese puerta falsa o alguna solitaria calleja, por donde entrar con el debido recato.

Era, pues, siempre dramática, por lo inesperada y repentina, la aparición de don Elías y de Soledad en la ventana o balcón que caía a la plaza o calle donde se preparaba la fiesta y hervía el concurso... ¡La *Dolorosa!* ¡La *Dolorosa!*... (oíase decir por todos lados). ¡Qué hermosa está! ¡Qué bien vestida viene! ¡Qué perlas trae! ¡Lleva un caudal encima!... —Y sólo al cabo de algún tiempo fijábase la atención en don Elías Pérez (ya no era moda decirle *Caifás*), a quien unos hallaban mucho más viejo que antes, otros perfectamente conservado, algunos mejor vestido y menos antipático que en 1823, y todos merecedor del perdón y olvido después de tantos años de encierro—. «Si delinquirió (parecía decir la actitud del coro), ¡bien ha expiado su crimen! ¡Dispensémosle, al menos, la acogida indulgente que no niega nadie a los que han cumplido su condena! ¡En medio de todo, don Rodrigo era un despilfarrado que de una u otra suerte habría muerto en el hospital, y, en cuanto al *Niño de la Bola*, ya veis que tampoco ha nacido para ministro de Hacienda! ¡No bien ha reunido un poco de dinero, ha comprado caballo!... ¡Los ricos nacen, y los pobres se hacen!».

La primera vez que nuestro héroe vio clara y distintamente al padre de su amada fue aquel día que salió a dar gracias a la

Virgen de la Soledad después de su convalecencia. Huyendo de las demostraciones de entusiasmo que lo abrumaban en la calle y de las visitas que seguían inundando su casa, se encaminó a pie a un cortijo próximo, que había sido de su padre, donde existía una fuente muy provechosa para los que necesitaban recobrar fuerzas..., y allí encontró, enteramente solo, de pie junto al manantial, y sumido en profunda meditación, a un anciano de elevada estatura, cuyo grave y austero rostro y fría y penetrante mirada recordó haber visto hacía años, al través de un vidrio, en un balcón de la antigua vivienda de los Venegas...

—¡El padre de Soledad! —pensó el joven, retrocediendo un paso.

Don Elías alzó los ojos al propio tiempo; vio y reconoció a Manuel, y se puso más amarillo que la cera; pero no hizo movimiento alguno que demostrase la índole de aquella emoción.

Manuel volvió a andar el paso que había desandado, y comenzó a medir al viejo de pies a cabeza y de un lado a otro, con aquella franca y valerosa mirada que le era habitual, sólo comparable a la del toro que descubre en la dehesa a un importuno y no sabe si arremeterle o perdonarlo...

El altivo viejo siguió inmóvil, mirando aparentemente hacia otra parte, pero sin perder de vista al bravo mancebo, cuyos ojos comenzaban a despedir cierta rojiza lumbre...

En tal situación, de todo punto insostenible, oyose en el vecino olivar una dulcísima voz de mujer, que gritaba alegremente:

—¡Papá! ¿Dónde te has metido?

—¡Ella! —pensó Manuel, temblando como un azogado y retrocediendo de nuevo, no ya un paso solo, sino otros muchos, bien que con perezosa lentitud...

El anciano no respondió a su hija, ni se movió de su puesto... Pero cuando vio desaparecer (siempre andando hacia atrás) al famoso *Niño de la Bola*, sonrió de una manera indefinible, y se dirigió al sitio donde había sonado la voz mágica, y esta vez providencial, de la que era reina y señora de aquellas dos almas enemigas.

Manuel se apostó en el camino para ver pasar a la joven a su regreso, y quién sabe si para seguirla, como de costumbre, pesárale o no le pesara al despótico anciano; pero el pobre no contaba con la remozada carroza de sus abuelos, que cruzó a escape entre nubes de polvo, no dejándole columbrar ni la más leve sombra del dulce objeto de sus ansias...

A nadie cupo después duda de que una escena tan insignificante, al parecer, y tan significativa en el fondo, contribuyó en gran parte a que don Elías y el joven Venegas cometiesen al cabo de algunas semanas las graves imprudencias que abrieron entre ellos un nuevo abismo... Y fue que desde aquel encuentro, en que no hubo colisión ni agravio alguno, ambos dejaron de considerarse tan extraños y terribles el uno para el otro como en realidad seguían siéndolo; ambos se acostumbraron a verse sin gran sobresalto en la calle o en la catedral, y ambos llegaron, por consecuencia, a chocar de frente el día menos pensado, en las peores circunstancias que pudo excogitar el infierno para hacerlos de todo punto incompatibles...

El caso fue el siguiente:

En abril de aquel mismo año, cuando Manuel tenía diecinueve, Soledad diecisiete y medio, don Elías sesenta y ocho, la seña María Josefa cincuenta y seis, don Trinidad cuarenta, su ama de llaves cincuenta y nueve, y sesenta y tres la hermana del ama, obtuvo al fin la *Dolorosa* de su reanimado padre que la llevara a ver las funciones que por entonces celebraba anualmente, en la parroquia de Santa María de la Cabeza, la muy antigua Hermandad del Niño de la Bola.

Consistían (y siguen consistiendo) estas funciones en una misa con Señor manifiesto, sermón y comunión general el domingo por la mañana; solemnísimas procesión por todo el barrio aquella misma tarde, y baile de rifa a la tarde siguiente, y en todas ellas solía representar, hacía tres años, mucho papel el hijo de don Rodrigo Venegas, como individuo de la cofradía y amigo particular y dos veces tocayo del Niño Jesús. Extrañose, pues, generalmente aquel año que Manuel, aunque se hallaba en la ciudad y nunca desperdiciaba medio de ver a la *Dolorosa*, no asistiese ni a la misa ni a la procesión, donde hubiera admirado, como todo el mundo, la hermosura, lujo y

donaire de la hija del prestamista, la cual estrenó aquel día dos trajes, hechos en la capital por la modista de las condesas y marquesas, a cual más rico, elegante y vistoso...

Llegó así la tarde de la rifa, o del baile de rifa, que entonces, como ahora, se celebraba en las afueras del pueblo, en una especie de arrabal de cuevas abiertas a pico sobre un anfiteatro de cerros de compacta arcilla, donde vive la gente más pobre de la población. Allí, las madres de las criadas que sirven en el casco de la ciudad colocan delante de su respectivo turgurio todas las sillas que poseen, a fin de que las ocupen los amos de sus hijas, convidados previamente a aquella fiesta, donde las señoras estiman mucho un buen sitio en que reunir tertulia al aire libre, lucir sus atavíos, ver la rifa y el baile, y hasta arrostrar las más encopetadas el deseado compromiso de bailar un poco, cual si fuesen humildes mozuelas de la clase baja.

Porque es de advertir (y nos urge decirlo bajo promesa de no añadir ni quitar nada a la estricta verdad de cosas que todavía suceden en aquella y otras comarcas de la península española) que, en tales bailes, celebrados enfrente de un altar portátil, donde se ve la efigie del festejado santo, Virgen o Señor, tiene el público facultad amplísima de pedir y rifar, por medio de puja o subasta, así el que Fulana baile o no baile con Mengano, como el que éste no abrace, o abrace de nuevo, a aquella con quien acaba de bailar..., dado que lo que allí se baila y se ha bailado siempre es el fandango puro y neto, danza que termina de obligación, como ya sabréis, con un inexcusable abrazo de cada pareja... Los que no quieren que se realice lo que otro desea y paga, tienen que dar mayor cantidad de dinero al necesitado santo, y de esta suerte, que bien merece tal nombre, se reúnen crecidos fondos para el culto de la venerada imagen... ¡Veinticinco ducados le costó una vez a cierto corregidor el que su esposa no bailase con el pregonero!

La mencionada tarde habían comenzado ya la rifa y la danza, con tanta más animación y júbilo, cuanto que la *Dolorosa* asistía por primera vez a la fiesta y ocupaba asiento preferente delante de la cueva en que el mayordomo de la Hermandad y el cura de la parroquia (don Trinidad Muley) habían

plantado los reales de la presidencia, o sea el altar del Niño de la Bola. También contribuiría acaso al general contento la circunstancia de no haberse presentado tampoco en esta función el temido personaje humano del mismo sobrenombre, a cuya ausencia iban acostumbrándose ya todos, no sin cierta recóndita satisfacción de algunos, pues así les era más fácil mirar a sus anchas, y hasta dirigir alguna flor, a la hermosa hija del millonario, o conversar con éste acerca de cosas íntimas y desgraciadamente reales de un pícaro mundo donde la falta de dinero obliga muchas veces a los hombres a esconderse de sí mismos, aunque sólo sea durante pocas horas, para tener luego que andar toda la vida cuestionando con su propia conciencia, como con una implacable esposa a quien se ha hecho alguna mala pasada... Ello es que don Elías Pérez encontrábase allí tan regocijado como todo el mundo, muy atendido y bien tratado por los circunstantes, cruzando algunas palabras con ellos y hasta riéndose contra su costumbre, cual si al pobre viejo le alegrase el alma aquel tardío rayo de popularidad refleja que doraba el ocaso de su vida en el invierno precursor de su muerte. ¡Cuánto, cuánto le debía a la hija de su corazón! ¡Y con qué embeleso se volvía hacia ella y la contemplaba, diciéndole al oído a cada instante: «¿Qué miras? ¿Te gusta aquel aderezo? ¿Te agrada aquel vestido? ¿Quieres que te compre otro igual?...»!

Pronto se nubló en la frente del anciano aquella vaga luz de gloria, para no volver a brillar nunca...

—¡Manuel Venegas viene!... ¡Ya está ahí el *Niño de la Bola*!... —oyose murmurar entre la muchedumbre.

Y un lúgubre presentimiento enlutó algunas almas, mientras que otras experimentaron no sé qué gratuita y poco envidiable complacencia.

Manuel llegaba efectivamente por la parte de la ciudad, sin que fuera posible confundir con otra su gallarda y apuesta figura, y no tardó en penetrar en lo más apiñado del concurso, con aire ni soberbio ni humilde, aparentando no advertir la sensación que producía, y respondiendo con leves movimientos de cabeza o brevísimas frases a las muchas personas que lo saludaban. Así avanzó hasta la mesa que servía de altar al Ni-

ño de la Bola, a quien besó los pies; dirigióse luego a don Trinidad Muley y le besó la mano, y enseguida clavó los ojos en el semblante de Soledad, con la inocente y clara osadía que acostumbraba, como quien mira lo que es suyo; como si la joven fuese su esposa, su hermana o su hija.

Don Elías se había puesto verde; pero no pestañeó siquiera, y siguió hablando con un labrador que hacía minutos le dirigía la palabra sombrero en mano, el cual (dicho sea con perdón) se cubrió apresuradamente al ver llegar a Manuel Venegas.

Soledad, en quien todos tenían clavada la vista, permaneció mucho más impasible que el viejo, pues ni aun el color llegó a alterársele, y, a fin de no cruzar su mirada con la del imprudente mancebo ni con las del inconsiderado gentío, fijó los ojos en la imagen del Niño Jesús, no simulando ciertamente una devoción extemporánea, sino estar como distraída...

A cualquier hombre de mundo y conocedor del corazón humano le habrían causado miedo el abismo de negaciones y la feroz voluntad que no podía menos de haber en el fondo de aquella indiferencia o de aquel disimulo que no dejaba asomar ningún indicio de emoción a los celestiales ojos de la niña, cuando la tragedia tendía su cetro de serpiente sobre ella y sobre su padre... Pero Manuel la amaba así; la amaba como quiera que fuese; tenía la intuición, la fe, la evidencia de que aquel alma insondable era suya, y, en cuanto al coro, más artista siempre que verdaderamente sensible, se contentaba con admirar la encantadora actitud, propia de un ángel, de la imperturbable *Dolorosa*, sin descender a otra clase de estudios.

En tal situación, y cuando el público comenzaba ya a mostrar impaciencia porque no surgía ningún conflicto de qué asustarse, Manuel se volvió tranquilamente hacia la comisión que presidía la rifa, y con voz clara y entera, que alteró todos los corazones, dijo señalando a Soledad:

—¡Cien reales por bailar con aquella señora!

La llamada *señora* fingió no haberle oído; pero don Elías se puso en pie, rojo de furia, y contestó inmediatamente:

—¡Mil reales porque no baile con él!

Un recio murmullo, semejante a un trueno de tormenta próxima, cundió por todo el anfiteatro, y las gentes que esta-

ban más lejos se acercaron a presenciar aquella aterradora subasta.

Soledad dejó de mirar al Niño Jesús, y, bajando los ojos al suelo, tiró a su padre de la levita, como para que se sentase y no siguiera el altercado.

Manuel había ya respondido.

—¡Cien duros por bailar con ella!

Y se deslió la faja, de cuya punta sacó un puñado de monedas de oro.

El público lanzó un rugido de aprobación.

El avaro vaciló un momento... Notáronlo todos, y comenzaron a mirarse y a sonreír maliciosamente.

—¡Ciento diez porque no baile! —exclamó al fin el pobre don Elías.

—¡Aprieta, Manuel, que yo te ayudo! —exclamaron algunos mozos de medio pelo.

—¡Aprieta, hijo, y cuenta con mi paga de este mes! —añadió un capitán retirado, cubierto de canas—. ¡Yo me batí en Talavera al lado de tu padre!

Manuel sonrió tranquilamente, y repuso, sacando otro puñado de oro:

—¡Quinientos duros porque baile conmigo!

—¡Bien! ¡Bien! —gritó casi todo el concurso.

Y hasta se oyeron palmadas y vivas al *Niño de la Bola*.

Soledad, que había conseguido sentar a su padre a fuerza de tirones (tanto más eficaces cuanto más altas eran las pujas de Manuel), se puso en pie al oír la última proposición, y comenzó a anudarse a la espalda las puntas de la cruzada mantilla, como determinándose a bailar.

El riojano quiso contenerla...; pero mil voces se alzaron a un tiempo mismo, diciéndole en variedad de tonos:

—¡Eso se impide con dinero!

—¡La cofradía no puede perjudicarse!

—¡El Niño Jesús no debe perder los diez mil reales que se le han ofrecido!

—¡O usted puja, o la *Dolorosa* baila con Manuel Venegas!

—¡Saque usted sus millones, don Elías! ¿Para cuándo los guarda usted?

—¡Aquí de los rumbozos, señor *Caifás*!

El usurero tenía sudores de muerte; pero al cabo de espantosa batalla, pudo más el odio que la avaricia, y, levantándose indignado, exclamó con rabioso acento:

—¡Basta ya de bromas! ¡Acabemos de una vez! ¡Dos mil duros porque no baile mi hija! Soledad, vámonos a casa... Señor mayordomo, puede usted venir a cobrar inmediatamente.

Aquella violentísima puja era la puñalada del cobarde, ¡segura, mortal, sin salvación posible! ¡Manuel no tenía tanto dinero ahorrado!

Conociolo el huérfano y se quedó como estúpido...

—¡Déjalo, hombre!... ¡Déjalo!..., ¡que en el infierno las pagará todas juntas!

—Manuel, no insistas, que el viejo quiere pillarte una proposición que no puedas pagar...

—Vente, Manuel, que la muchacha quería bailar contigo, y lo demás no debe importarte tanto...

Tales cosas comenzaron a decir al corrido mancebo los mismos que se habían declarado sus fiadores...

Sólo el capitán retirado exclamó todavía, temblando de cólera:

—¡Dispón de mi paga de dos meses! ¡Comeré demonios vivos!...

Manuel no oía ninguna de estas cosas, y la gente comenzó a creerle anonadado, vencido, digno de lástima...

Pero don Trinidad Muley, que conocía mejor que nadie a su pupilo, y que lo veía inmóvil, mudo, con los labios blancos, siguiendo todos los movimientos de don Elías como si acaesca la oportunidad de saltar sobre él y despedazarlo, corrió al lado del joven, y le dijo con grande imperio:

—Manuel..., ¡vete a casa! ¡Yo te lo mando!

El hijo del héroe bramó de angustia, como brama la fiera al sentir el hierro candente del domador, y dijo con bárbara humildad:

—¿Sin matar a ese hombre?

—Manuel, ¡vete! —replicó el cura de Santa María.

—¡Me ha vencido con el dinero que robó a mi padre! —añadió Manuel, enfureciéndose de nuevo según que hablaba—.

¡Me ha negado a mí, al descendiente de los Venegas, al hijo del que murió por salvarle sus mal ganados millones, el que baile con su inocente hija, el que le dé un abrazo de paz entre nuestras dos razas! ¡Ah, ladrón!... ¡Asesino!... ¡Verdugo!... ¡Me la pagarás con tu sangre!

—¡Oye, oye! —decía entre tanto el usurero a su hija, que estaba abrazada a él, colgada de su cuello, y como sirviéndole de escudo—. ¡Oye cómo me insulta y me amenaza el que ronda tu dote! ¡Oye cómo te conquista ese tramposo, en lugar de pagarme el millón que me debe!

Manuel, a quien difícilmente sujetaba don Trinidad Muley (habiendo tenido para ello que llamar en su auxilio al Niño Jesús, cuya efigie le mostraba con fervorosos ademanes y discursos), percibió las últimas palabras de don Elías, y, lejos de enfurecerse más, serenose de pronto, con aquella rapidez de transición que le caracterizó siempre, y quedó inmóvil, suspenso, frío, como una estatua de mármol.

—¿Yo?... ¿Yo?... ¡Yo le debo a usted un millón! —acertó a decir, finalmente, con el acento de la más noble ingenuidad.

—¿Acaso lo ignoras? —repuso don Elías valientemente, como quien llega a su terreno—. ¿No me debía tres tu padre? ¿No le cobré dos? Pues ¡el que debe tres y paga dos, resta uno!... ¡Y tú, buen mozo; tú, que eres su hijo y no has renunciado su herencia, me lo debes, como yo le debo el alma a Dios! De modo, señores... —continuó, dirigiéndose a la hermandad—, que toda la rifa anterior es nula y debe invalidarse por completo, dado que el dinero que ofrecía ese joven era mío, como lo será todo el que adquiera en este mundo hasta que me pague el millón que me debe...

—¡Qué hombre! ¡Qué infamias dice! ¡Y lo peor es que tiene razón! ¿No hay quien lo mate? —comenzó a murmurar la gente más temible.

—¡Nadie le toque! —gritó Manuel severamente—. Las cosas acaban de cambiar de aspecto, y ahora me corresponde a mí defender su vida... Yo ignoraba que era su deudor; pero averiguado que lo soy, pues el semblante de ustedes me lo está diciendo con harta claridad, no quiero que nadie imagine que deseo la muerte de ese monstruo a fin de no pagarle... ¡Le pa-

garé!... ¡Ninguno se asombre de lo que digo!... ¡Le pagaré!... Tengo absoluta seguridad de que no me engaño... ¡Yo sé de lo que soy capaz! Vive, pues, tranquilo, zorro viejo y astuto, que si don Rodrigo Venegas murió entre las llamas para que no se dijese que había tratado de estafarte, su hijo hará algo más terrible y doloroso, que es no volver a ver a tu hechicera hija hasta haber ganado el millón que me reclamas. Me voy del pueblo, señores... —añadió con voz solemne, dirigiéndose al público—. Me voy de España... Pero ¡volveré! ¡Volveré con oro bastante para pagar mi deuda y ahogar después en onzas a mi deudor! ¡Volveré, sí, y vendré a este mismo sitio, tal día como hoy..., ¡lo juro por el alma de mi padre!, a pujar la gloria de estrechar en mis brazos a ese ángel que el vil judío ha robado al cielo, a esa desgraciada que se llama su hija! ¡Ay del que la mire entretanto! ¡Ay del que la pretenda! ¡Soledad es mía, y yo vendré a recobrarla y a matar al temerario que haya intentado siquiera atravesarse entre los dos! ¡En cuanto a ti, alma de mi alma, sé que sabrás esperarme!... ¡Adiós, Soledad de mi vida! ¡Adiós, señor cura! ¡Adiós, Niño mío!... ¡No os olvidéis de Manuel Venegas!...

Así dijo, y arrancándose de los brazos de don Trinidad Muley, y tirando con la mano un beso a Soledad y otro al Niño de la Bola, echó a correr hacia el interior de la población y desapareció de la vista de todos.

Soledad seguía impasible exteriormente, desde que la vida de su padre dejó de estar en riesgo; pero cuando quiso andar, le faltaron fuerzas para moverse, y hubo que llevarla en una silla a la carroza que fue de los Venegas.

LIBRO TERCERO
LA VUELTA DEL AUSENTE

I

LA CAÍDA DE LA TARDE

Pues que ya sabemos tanto como el que más acerca del gallardo jinete que cruzaba por lo alto de la sierra cuando levantamos el telón para dar principio al presente drama, tiempo es de que corramos en su seguimiento hasta alcanzarlo, a fin de entrar con él, después de ocho años de misteriosa ausencia, en la morisca ciudad que fue su cuna.

Restábale apenas una hora de sol a aquel esplendoroso día en el momento que nuestro héroe logró salir del laberinto de cumbres y barrancos que forma allí la gran cordillera, y descubrió a lo lejos el amplio horizonte de su país nativo, su llana campiña, sus verdes viñedos y oscuros olivares y las conocidas siluetas de los remotos cerrajones que delimitan la comarca... La ciudad querida, la señora de todo aquel territorio, quedaba aún oculta detrás de los arcillosos cerros que al oeste le sirven de dosel; pero ya era fácil distinguir (sobre todo teniendo anterior idea de su situación) la enhiesta aguja de la torre de la catedral y el torreón del vigía de la alcazaba árabe, derruido pocos años después...

El *Niño de la Bola* detuvo su caballo para contemplar aquel nunca olvidado panorama... La más viva emoción se leía en su semblante, menos duro y altivo que cuando la melancolía de la ausencia y las lecciones del mundo no habían trabajado aún su corazón... Quitose reverentemente el sombrero, por vía de salutación a sus patrios lares, y lanzó un hondo suspiro, como quien llega al término de largos afanes.

—Señorito..., ¿está usted malo? —le preguntó el arriero al verle de aquel modo.

Manuel no respondió: púsose el sombrero apresuradamente y metió espuelas al caballo, como para librarse de tan importuno testigo.

Media hora después, cuando ya caía el sol al occidente, el malagueño volvió a alcanzar al desdeñoso personaje, el cual, parado de nuevo, en lo alto de la enrevesada cuesta por donde se baja desde la última meseta de la montaña a la extendida vega de la ciudad, contemplaba las Cuevas, el barrio de Santa María, las Huertas y hasta la antigua casa de sus mayores, que se distinguía entre todas por un erguido ciprés que la coronaba... Aquel edificio atraía muy particularmente su ansiosa atención... ¡Ignoraba el desventurado que allí no vivía ya nadie! ¡Ignoraba todo lo que había ocurrido durante su ausencia!...

Pero no adelantemos noticias, que harto pronto llegarán a vuestro conocimiento.

Manuel siguió andando, muy despacio esta vez, tan luego como se le incorporó el arriero con las cargas; y, ya fuese arrepentido de no haber contestado a la última afectuosa pregunta del pobre hombre, ya por distraerse de sus propios pensamientos, entabló conversación con él, diciéndole:

—¿Ha estado usted en alguna ocasión mucho tiempo seguido lejos de Málaga?

El espolique se inflamó de júbilo al verse interrogado, y, en un abrir y cerrar de ojos, había respondido todo lo siguiente:

—¿Que si he estado? ¡Ya me figuraba yo que ahí era donde a usted le dolía! ¡Usted debe de venir del fin del mundo, y por eso le ha hecho tanta operación el descubrir su tierra! Yo estuve primero dos años en el Moro... (no crea usted que en presidio, sino por mi gusto), y luego he servido al Rey, digo, a Cristina, hasta que me dieron la absoluta, después que tomamos el puente de Luchana, donde fui herido... ¿Dice usted que si sé lo que son fatigas? ¡Pregúnteselo usted a la pobrecita de mi madre, en quien pensaba a todas horas aquella pícara Nochebuena, llamada también *la Noche triste*, en que Espartero ganó a Bilbao... Figúrese usted que yo la pasé desangrándome sobre la nieve en el mayor desamparo y *soledad*...! Pero ¿qué dice este loro?

—*Soledad*... —había repetido el loro con todas sus letras.

Manuel sonrió por primera vez en todo aquel viaje, y preguntó al arriero:

—¿No ha estado usted nunca en la ciudad a que nos dirigimos?

—No, señor; no he estado; pero sé que es muy buena, aunque muy peleadora... ¡Ya se ve! Usted habrá nacido en ella, y luego se iría a las Indias a buscar fortuna. ¡La de todos! Si alguna vez vuelve usted a embarcarse para allá, pregunte en Málaga por Frasquito Cataduras (que es como el mundo me conoce), y lléveme consigo de criado; pues lo que es con la arriera no llegaré nunca a salir de capa de raja...

Manuel no escuchaba ya al malagueño, sino que había vuelto a hacer alto, más conmovido que la vez anterior... Oíase a lo lejos el alegre repique de unas campanas, cuyo son había reconocido sin duda el joven... Ello es que su rostro expresaba un regocijo, una ternura, una aflicción de gozo (si vale hablar así), que a cualquier otro hombre le hubiera hecho derramar lágrimas...

—¡Vamos, señorito! ¡Repórtese usted! —exclamó el arriero—. Si teme usted algo, aquí estoy yo, y ahí llevamos cuatro escopetas...

—¡Desgraciado de ti —interrumpió Manuel— si le cuentas a alguien que me has visto de este modo! En cambio, si callas, te pagaré bien tu silencio... No quiero que se conozcan mis debilidades... Conque vamos andando.

La verdad era que el vehemente joven no podía ya con el peso de su alma; visto lo cual, y que no había modo de correr y adelantarse en aquella dificultosísima cuesta, resolvió seguir hablando con el arriero, a fin de no volver a oírse a sí propio en presencia de tan indiscreto observador.

—Esas campanas que repican —díjole, pues, con afectada naturalidad— son las de Santa María de la Cabeza, y anuncian que mañana, primer domingo de abril, habrá, como todos los años en tal día, una gran función en aquella parroquia... ¡Qué alborozo respirará ahora mismo todo el barrio! Alguna persona conozco yo que dirigía en su niñez esos jubilosos repiques... ¡Cómo pasa el tiempo, sin que las cosas dejen de ser las mismas! ¡Verás qué hermosa procesión sale de allí mañana a la tarde! ¡La procesión del Niño de la Bola! Y si te detienes en la ciudad, pasado mañana podrás ir a la rifa, a las Cuevas,

donde siempre ocurren buenos lances... ¡Allí se puja todo: el baile, los abrazos, la felicidad..., la vida del alma..., el destino de las criaturas!... Pero ya se ha puesto el sol..., y la cuesta es menos pendiente... Vamos aprisa, a fin de pasar el vado del río antes de que oscurezca, pues sentiría que se mojasen esas cargas...

Y como, en efecto, la bajada fuese ya más fácil, Manuel metió espuelas al caballo, y pronto se encontró solo en la llanura, o sea en unas dilatadas alamedas que allí pregonan la proximidad del citado río... La ciudad distaba todavía bastante; pero aquello era ya, en cierto modo, estar bajo sus muros...

Había comenzado a oscurecer, y el dulce misterio de tal hora, la amenidad del sitio, la húmeda frescura del aire, en cuya primaveral fragancia reconocía el aroma de los árboles, plantas y hierbecillas entre que se había criado; el armonioso rumor, igual siempre, y para él tan familiar, que alzan allí, en aquella estación del año, al caer las sombras de la noche los más humildes cantores del Creador del mundo, ora desde las empantanadas aguas, ora desde los adolescentes trigos, todo sumergió a Manuel en una profunda paz moral, muy diferente de la ventura, pero mejor consejera del alma que el esperanzado deseo... Estúvose, pues, parado algunos minutos en aquella tranquila margen del Rubicón de su pobre historia, como dando reposo al fatigado espíritu antes de las supremas emociones que le aguardaban, o acaso preguntándose fríamente si, en lugar de encaminarse hacia la dicha, se dirigiría hacia un total infortunio... ¿Viviría Soledad? ¿Le habría sido fiel, ella, *que nada le había prometido nunca*? ¿Habría habido algún hombre capaz de tomarla por esposa? ¿Viviría el terrible anciano? ¿Seguiría negándose a toda transacción? ¿Se atrevería Soledad en este caso a unirse con el hijo de don Rodrigo Venegas, después de la espantosa escena de la rifa? ¿Le amaba a tal extremo? ¿Le había amado alguna vez? ¿Qué aguardaba al proscrito a la vuelta de su largo destierro? ¿Horribles dolores? ¿Cruelles desengaños? ¿Renovadas luchas? ¿Escenas de sangre? ¿Su propia muerte, por término de tantas angustias y fatigas?

La llegada del arriero con las cargadas bestias sacó al joven de aquel estado de culminante inquietud, no menos amargo,

aunque de distinta índole, que el de Diego Marsilla cuando le detuvieron los facinerosos casi a la vista de los muros de Teruel...

Pasaron el río nuestros caminantes, y entraron en los largos callejones, guarnecidos de olorosos panjiles y de zarzas, espinos y otras especies de setos, que conducen, a través de muchos pagos de viña, a las puertas de la ciudad...; y ya estarían a quinientos pasos de ella, cuando, al cruzar por delante de cierta solitaria ermita, precedida de un porche, que allí se alza desde tiempo inmemorial, oyose una voz de mujer que decía:

—Manuel, ¿eres tú? Hazme el favor de oír una palabra...

II

LA REALIDAD

Manuel refrenó el potro, y, a la luz de la lámpara que alumbraba aquel humilde santuario, vio, de pie, a la entrada de dicho porche, separado del interior de la ermita por unos barrotes de madera, la imponente figura de una mujer alta y vestida de negro, que añadió al verlo detenerse:

—¿Conque eres tú? ¡Gracias a la Virgen Santísima! ¡Temí que hubieses echado por otro camino!

—Sí, señora... Yo soy... —respondió Manuel, lleno de asombro—. Y usted, ¿quién es? Yo quiero reconocer esa voz...

—Soy la madre de Soledad... —repuso la mujer con dulzura.

Oír el joven esta frase y estar en el suelo, fue una misma cosa.

—¡La señá María Josefa! —exclamó vivamente conmovido—. Espere usted un momento, señora. Oye, tú, arriero: sigue adelante, y espérame a la entrada de la ciudad... ¡Cuidado con hablar ni una palabra!

El malagueño siguió andando, muerto de curiosidad por saber algo de lo mismo que se le prohibía decir, y Manuel ató su cabalgadura a uno de los viejísimos álamos blancos que entonces rodeaban la ermita, en cuya especie de atrio penetró al fin aceleradamente, diciendo con afectuosa voz:

—¿Usted aquí? ¿Usted esperándome? ¿Qué significa esto? ¿Qué ocurre? ¿Cómo ha sabido usted que yo llegaba?

—Por don Trinidad Muley... —contestó la que ya podemos llamar *vieja*, cogiendo las manos de Manuel y llevándose las a la cara, para que tocase su llanto—. Pero no acuses al señor cura por haberme revelado tu secreto... ¡Era preciso que yo lo supiera! Además, él no guarda misterios conmigo... ¡Sabe lo que te quiero!... ¡Lo que te he querido desde que murió tu padre! Ven, siéntate aquí... ¡Tenemos que hablar mucho, y estoy cayéndome!...

Así diciendo, la buena mujer acercó al joven a uno de los asientos de cal y ladrillo que decoran todavía aquel porche, y que sirven de lugar de descanso a paseantes y devotos.

Manuel estaba estupefacto, o, por mejor decir, perdido en un mar de encontradas conjeturas... Sentose, pues, sin atreverse a preguntar más, de miedo a desvanecer los últimos sueños de su esperanza... Pero, viendo que su interlocutora no acertaba tampoco a explicarse, dijo al fin con trabajosa resignación:

—Algo muy bueno o muy malo ocurre, cuando usted ha salido a recibirme de esta manera... No quiero ponerme en lo peor, y comienzo por admitir lo que sería la felicidad para todos... ¿Ha venido usted a aconsejarme que no entre en la ciudad en son de guerra, visto que su esposo de usted transige, o podría transigir conmigo, si yo me acomodase a guardar tales o cuales miramientos? Respóndame con entera franqueza. ¡Ah! ¡Se calla usted!... ¡Luego no es eso lo que ha venido a pedirme!

—No, Manuel... No es eso... —repuso la atribulada madre—. Lo que yo he venido a pedirte (y perdona que te hable *de tú*, pero así te hablé cuando eras muchacho, ¡y bien sabe Dios que siempre te he querido como a un hijo!...); lo que yo vengo a suplicarte es que te vuelvas... ¡Que no entres en la ciudad! ¡Te lo ruego, por lo que más ames en el mundo!

Manuel respondió sarcásticamente:

—«¡Por lo que más ame en el mundo!»... ¡Qué contradicción y qué escarnio! ¿Cuántos amores cree usted que tengo yo? «¡Que me vuelva! ¡Que no entre en la ciudad!»... Eso es muy fácil decirlo; pero pídale usted a un río que vuelva a la montaña, y verá qué caso le hace... En fin: ¿a qué cansarnos? Ya es-

toy al cabo de lo que usted tenía que decirme: que don Elías sigue negándose a todo; que estamos como al principio; que tendré que luchar... Pues, ¡lucharé cuanto sea necesario!...

—Tampoco es eso, Manuel... Mi marido no se opone ya a nada...

—¡Ah! ¡Don Elías transige!... —exclamó el joven, lleno de sorpresa y alegría—. Pues, entonces, ¿qué nos detiene? ¿Qué puede importarnos el resto del mundo? Yo vengo dispuesto a todo... Yo le daré satisfacción cumplida al pobre anciano... ¡Conozco que aquel día estuve demasiado cruel! Además, le traigo su millón... Aquí lo tengo, en letras sobre Málaga... ¡Mi padre, al verme pagar esta deuda, bendecirá mi unión con Soledad!... ¡Ah, señora!... ¡Acabo de nombrar el alma de mi vida!... ¡Hábleme usted de ella! ¡Hace ocho años que no tengo noticias suyas!... Dígame usted que me quiere todavía...; que ella es la que ha vencido a su padre... ¡Se calla usted también! Señora, tenga usted mejores entrañas... ¡Sáqueme de esta horrible angustia! ¿Qué sucede? ¿Qué ha pasado durante mi ausencia?

—Tranquilízate, hijo mío... ¡Me asusta verte así! —respondió la pobre mujer, llorando de nuevo—. Yo te lo diré todo si me juras volverte..., si me juras no entrar en la ciudad... ¡Oh! ¡No pongas esa cara!... ¡No te irrites!... ¡Dios mío! ¿Para qué querrá este hombre saber desventuras? ¿Para qué querrá ser tan desgraciado como yo?

—¡Hable usted, señora, por los clavos de Cristo, y, sobre todo, no me diga más que me vuelva! ¡Eso es un sacrilegio, cuando vengo de pasar ocho años de expatriación y de lucha y acabo de andar miles de leguas, pensando siempre en llegar adonde ya he llegado! ¡Hable pronto, o monto a caballo y voy a su casa de usted a averiguar por mí mismo el horror que trata de ocultarme!... Pero me equivoco..., me atormento demasiado... ¡No es posible que Soledad haya muerto!... Lo que sin duda ocurre es que su marido de usted pretende algo muy difícil..., algo absurdo. ¿Digo bien? ¿Es eso? Pues no se apure usted. Todo se arreglará con calma y moderación...

La señá María Josefa vaciló todavía unos instantes, hasta que al fin murmuró sordamente:

—Vuelvo a decirte que mi marido no pretende nada. ¡Mi marido ha muerto!

—¡Loado sea Dios! —exclamó el *Niño de la Bola* con la feroz solemnidad de una implacable justicia—. ¡Si hay otro mundo después de éste, ya habrá sido vengado mi padre! Perdono al autor de todas mis desgracias.

—También te perdono yo a ti —repuso la triste viuda— esa crueldad con que recibes la noticia de una de mis penas, y te suplico que no sigamos adelante... ¡Vete, Manuel! ¡Vete por donde has venido, y no quieras saber más desdichas!

El joven se levantó horrorizado al oír estas últimas palabras:

—¡Dios de Israel! —gritó con un acento de dolor más que humano—. ¡Mi desventura es cierta! La tierra se abre bajo mis plantas... El cielo se hunde sobre mi frente... El mundo ha llegado a su fin... ¡Soledad ha muerto!

—¿Qué dices, desventurado? —replicó la madre, llena de pavor—. ¡Morir mi hija!... ¡Oh!... No lo creas... ¡Tu pobre corazón te engaña una vez más! ¡Entonces hubiera muerto yo también! ¡Entonces no estaría aquí!... Vamos..., ¡ven!... Siéntate..., ¡cálmate! ¡Me estás asesinando con tantas locuras como se te ocurren!

Manuel exhaló un hondo suspiro, como si despertara de espantoso sueño, y, dejándose caer en los brazos de la anciana, tartamudeó con infinita dulzura:

—¡Soledad vive!... ¡Oh! ¡Cuánto he padecido en breves momentos! Dios se lo perdone a usted.

Y quedó como aletargado de felicidad.

—¡Esto es querer! —murmuró sentidamente la angustiada viuda.

—¡Soledad vive y don Elías ha muerto! —añadió el joven al cabo de algunos segundos—. ¡Don Elías, mi implacable enemigo, el enemigo de ella, el enemigo de usted misma!... ¡Cuán felices podemos ser ahora! ¿Cree usted, mi buena madre, que yo ignoraba el cariño y la protección que me dispensó usted siempre? Pues ¡lo sabía! ¡Don Trinidad Muley me enteraba de todo!... ¡El buen don Trinidad, mi amigo, mi tutor, mi segundo padre!...

—Hoy le he hablado... —se apresuró a exponer la señá María Josefa—. Y él, lo mismo que yo, opina que debes...

—¡No vuelva a decírmelo! —profirió el joven, acariciándola—. ¿Qué manía es ésa? ¿Por qué hablarme de que no entre en la ciudad, cuando la suerte lo ha arreglado todo de manera que podemos ser enteramente dichosos? ¿Qué nuevo obstáculo se opone a ello? ¡Algunas cavilaciones del bueno del señor cura o algún infundado recelo de usted! ¿Creen ustedes, acaso, que Soledad no me quiere? Pues ¡sí me quiere, aunque ella misma les haya dicho lo contrario! ¡Lo sé yo!... ¡Lo sabe mi alma!... ¡Verá usted, enseguida que me mire, enseguida que me hable, cómo su alma es mía!... ¡Yo la conozco!... Ella oculta sus sentimientos; pero nuestro cariño se parece al sol, que, aunque se nubla en apariencia, siempre arde lo mismo... ¡Ah, señá María! Yo soy ya otro hombre. Soy bueno, soy pacífico... ¡No en balde se da la vuelta al mundo, como yo se la he dado dos veces! ¡No en balde se vive tanto y de tan diversos modos como yo he vivido! Así es que todos mis sentimientos e ideas han cambiado en estos ocho años, menos mi amor a Soledad y el cuidado de la honra de mi apellido... ¡Oh! ¡Cuánto he batallado con la suerte en África, en la India, en Filipinas y en ambas Américas! ¡Y cómo me ha favorecido la fortuna! Ya soy más rico que fue mi padre en sus buenos tiempos... En Málaga he dejado un capital... En el maletín del caballo traigo arrobas de oro y de piedras preciosas... He sido general en la América del Sur... He vencido caciques indios, que es como quien dice reyes, y yo mismo he podido también ser rey de aquellas tribus salvajes... No cuente usted nada de esto, pues nadie lo creería... ¡Le traigo a Soledad unos regalos!... ¡Y también a usted! ¡Al mismo don Elías le destinaba un magnífico presente!...

—¡Malhaya sea el dinero! ¡Él tiene la culpa de todo! —rezó fatúdicamente la madre, cuyos ojos, clavados en el suelo, seguían derramando lágrimas amarguísimas, en tanto que Manuel, sentado junto a ella y casi abrazándola, le contaba con aquella inocente ingenuidad de niño cómo había logrado conquistar el vellocino de oro...

—¡Malhaya sea el dinero!, digo yo también... —respondió el joven con cierta acritud—. Pero no empiezo a decirlo ahora... Lo he dicho siempre; y si me fui a recorrer el mundo en busca de más oro del que nuestra sierra podía darme, ¡usted

sabe en qué consistió! ¡Por lo demás, el caudal que yo traigo ha sido ganado honradamente en los campos de batalla, como los tesoros de muchos reyes de Europa! ¡Yo soy siempre el hijo de don Rodrigo Venegas!... En fin, vámonos a la ciudad... El arriero me está aguardando... Yo la acompañaré a usted con el caballo del diestro; y, si usted lo permite, esta misma noche hablaremos con su hija, y quedará arreglado todo en cuatro palabras... ¡Vamos..., señora!... No perdamos un tiempo precioso...

Y así diciendo, el joven se puso de pie, como resuelto a marcharse enseguida.

La seña María Josefa no se levantó, sino que hundió el rostro entre las manos y comenzó a gemir desconsoladamente, exclamando con desgarrador acento:

—¡Ay, Dios mío! ¡Ay, Dios mío de mi alma! ¿Qué va a ser de nosotros? ¡Esto es una perdición! ¡Pobre hija de mi vida!

Manuel se quedó frío como el mármol, y un sudor de muerte corrió por su descompuesto semblante.

—Señora... —tartamudeó al fin—. ¡Hablemos claros! ¿Qué nueva infamia ha ocurrido durante mi ausencia? ¡Dígamelo pronto, o voy yo mismo a averiguarlo a la ciudad!...

—¡Manuel! ¡Manuel! —clamó la pobre anciana—. ¡A la ciudad, no! ¡Vámonos a otra parte!... A donde tú quieras... ¡Yo te acompañaré hasta el fin del mundo! Yo pasaré contigo lo que me reste de vida... Yo seré para ti una madre cariñosa..., una madre ternísima...

—Pero, ¿y Soledad? —gritó frenéticamente el *Niño de la Bolla*—. ¿Qué haremos de Soledad? ¿Qué ha sido de ella? ¡Pronto! ¡Pronto! ¡Sin discurrir más mentiras!

—No sé; no me lo preguntes... ¡Soledad no merece nuestro cariño! La abandonaremos... Yo misma no la veré ya más... Anda... ¡Vente, hijo mío!... Llama a ese hombre, y vámonos a América, a Portugal, a Filipinas...; a donde tú dispongas...

—¿Y Soledad? —repitió Manuel con tal violencia, que la madre retrocedió espantada—. ¿Qué ha hecho usted de su hija? ¿Con quién se quedará Soledad?

Hubo un instante de silencio, durante el cual se oyó el tempestuoso latido de aquellos dos corazones.

Manuel fue el primero que recobró aliento para seguir marchando hacia el abismo, y dijo con la pavorosa tranquilidad del que se suicida:

—Nada tiene usted ya que explicarme... Soledad se ha casado.

La madre cayó de rodillas, por toda contestación, y tendió hacia el joven las manos cruzadas, como pidiendo indulto.

Reinó otra vez un funerario silencio.

Venegas permaneció algunos instantes bajo el peso de las ruinas que acababan de caer sobre su alma. ¡Todo un mundo se había hundido en ella! El coloso tuvo un momento, nada más que un momento, la suprema ilusión de creerse inferior a su desventura, imaginándose también esta vez, como la triste noche que siguió al entierro de su padre, que había muerto y sido sepultado...

Pero no tardó en rehacerse la fiera bajo los escombros de su juventud malograda, y salió de entre ellos mucho más horrible que del terremoto que puso fin a su niñez: lanzó un tremendo alarido, que hizo temblar y botar espantado al noble bruto que le aguardaba allí cerca, y, agachándose hacia la horrorizada víctima que yacía a sus plantas, díjole con enronquecida voz:

—¿Quién? ¿Quién ha sido? ¿Quién se ha casado con mi mujer? ¿Cómo se llama el temerario? Ni ¿qué me importa su nombre? ¡Morirá, sea quien fuere! ¡Morirá, aunque se esconda en el centro de la tierra! De esto no hay más que hablar: ¡es cosa decidida!... Pero dime, vieja infame, embustera, llorona, peor mil veces que el escorpión con quien estuviste casada: ¿cómo has podido consentir que Soledad...? ¿Qué has hecho para reducirla?... ¿Cómo se ha prestado ella?... ¡Ah! ¡La hipócrita! ¡La impúdica! ¡La vil criatura que yo tomaba por un ángel!... ¡Casarse con otro hombre! ¡Qué horror! ¡Qué asco! ¡Qué miseria! ¡Todos sois de una misma casta de reptiles: el padre, la madre y la hija!

—¡Ella es inocente! —respondió la anciana, irguiéndose poco a poco ante aquellos bárbaros insultos.

—¡Morirá! —pronunció Manuel, extendiendo el brazo como si jurara.

—Su padre fue quien la obligó a casarse... Ella no quería... ¡Te lo juro por lo más sagrado!...

—¡Morirá! —repitió Manuel implacablemente.

—¡Antes morirás tú mil veces, dragón de los infiernos! —gritó al fin la madre, levantando la cara hasta rozar con la del joven—. ¡Estás enfrente de una madre resuelta a todo, a matar, a morir, a llorar hasta que se ablande tu alma de piedra, a servirte de criada..., a todo, menos a ver padecer a su hija..., menos a ver sin padre al nieto de su corazón!... Ya lo sabes, monstruo... Puedes tomar el camino que gustes...

Una carcajada histérica y salvaje estalló del pecho de Manuel y se dilató por los silenciosos campos.

—¡La desvergonzada ha tenido un hijo!... —rugió luego convulsivamente—. ¡Un hijo de cualquiera! ¡Cómo se multiplican estos bicharracos! ¡Cuántos, cuántos tengo que matar, comenzando por usted, que es la abogada de todos ellos! ¡Rece usted el Credo, señá María!

La anciana dio un agudo chillido, creyéndose muerta; y, como no pudiese escapar, volvió a caer de rodillas, y se abrazó a los pies del insensato.

—¡Así! ¡Así! ¡A mis plantas!... —exclamó éste con satánico regocijo—. Oiga usted en esa postura mis instrucciones, a ver si, complaciéndome en todo, conquista usted una conmutación de pena. Ahora no le habla a usted ese traidorzuelo que se ha amancebado con su hija... ¡Ahora le hablo yo, el verdadero marido de Soledad! Dígame usted a ese hombre que se marche de la casa en que ya está de más, adonde yo tengo que ir esta noche, no sé si a besar a mi mujer, o a pegarle antes de matarla... Dígame usted que por la mañana temprano lo buscaré a él dondequiera que se agazape, para lo cual iré siguiendo con el olfato su pista de acobardada garduña o de zorro ladrón, y lo mataré como quien mata un insecto... Dígame a Soledad que he llegado; que eche su hijo a la Inclusa, y me espere bien vestida hasta que yo vaya a verla o le mande recado de que la espero... Dígame que yo..., que Manuel Venegas..., el *Niño de la Bola*... ¡Oh! ¡No le diga nada! ¡Ay, Dios mío!... ¡Se me va la cabeza!... ¡Yo me vuelvo loco!... ¡Aire! ¡Aire! ¡Pobre Soledad mía! ¡Soledad de mi alma! ¡Soledad! ¡Soledad!

Y gritando de esta manera, sollozando o riendo, pero sin derramar ni una lágrima, salió tambaleándose de la ermita, montó a caballo y desapareció fuera de camino por en medio de los oscuros sembrados, como si huyese a un mismo tiempo de las tierras en que había estado ausente tantos años y de la ciudad a cuyas puertas acababa de ser herido de muerte.

III

DE LO QUE AQUELLA NOCHE PENSARON Y DIJERON LOS HABITANTES DE LA CIUDAD

La súbita noticia de que el *Niño de la Bola* estaba de vuelta colmado de riquezas, y también de ira, cundió aquella misma noche por toda la ciudad con la rapidez del vapor, cual si se tratase de la llegada del cólera o de la proximidad de un ejército enemigo. El arriero malagueño, vagando con sus tres cargas por aquellas calles para él desconocidas, sin saber dónde meterse y teniendo que preguntar a los transeúntes «por un don Manuel Venegas que había venido con él de Málaga, y de quien se había apoderado, al pasar por delante de cierta ermita, una especie de alma en pena vestida de negro», fue el primero que, ya cerca de las Ánimas, reveló al público tan interesante nueva, confirmada poco después por una antigua criada de la señora de Arregui (alias la *Dolorosa*), que tuvo que ir a la botica de la plaza por tila y flor de azahar para la señá María Josefa, y contó de camino a cuantos halló al paso todo lo acontecido en el santuario campestre, tal y como la madre acababa de referírsele a su hija...

Era ya muy tarde para que en un pueblo tan anticuado se prolongaran mucho en calles y plazas los corrillos y comentarios de las gentes, aun tratándose de negocio de tanta monta; por lo que todos se contentaron con cerciorarse de la verdad del hecho, y se marcharon a sus casas a rumiarlo santamente en familia, al propio tiempo que la ensalada de la cena... Podemos, pues, asegurar que, empezando por el palacio del señor obispo y concluyendo por la última cueva de gitanos, todo el mundo se acostó y durmió aquella noche

pensando en nuestro héroe, en la dramática historia de su juventud, en su amor a Soledad, en las amenazas que profirió al marcharse y en el conflicto que de seguro iba a ocasionar su vuelta.

Los necesitados de dinero recordaron además la generosa esplendidez con que el hijo de don Rodrigo sacaba de apuros a los pobres cuando sólo poseía algunos miles de reales, y prometiéronse, al saber que llegaba de Indias con tres cargas de onzas, salir de deudas y trabajos, sin más que presentarle una apuntación de lo que les hacía falta para ponerse a flote. Las mozas por casar, especialmente las llamadas *señoritas*, preguntaron si venía soltero, y hablaron pestes de la *Dolorosa*. Pensaron los médicos en que tenían un buen cliente más; los sacristanes discurrieron sobre cuánto valdría el entierro de un *indiano* tan rico, en la previsión de que se muriese al hallar casada a su antigua novia; conocieron los matones... *sede vacante* que había llegado el propietario de la precaria autoridad que ejercían interinamente, y convinieron, por tanto, en que el *Niño de la Bola* debía matar a Antonio Arregui (tal era el nombre del marido de la *Dolorosa*), a ver si, de resultas, lo ahorcaban a él, suponiendo que Antonio Arregui no comenzase por matarlo; receló el nuevo obispo de la diócesis, persona muy santa y entendida, si aquel extraño personaje vendría a perturbar las conciencias; el alcalde y el juez temieron que les hubiese caído trabajo, y escribanos y procuradores, que trabajaban por arancel, holgáronse, a la inversa, en tal expectativa... Todos, en fin, auguraron una tragedia espantosa al entregarse aquella noche en brazos del sueño con la mayor comodidad posible, dándose acaso cuenta, mientras se arropaban y tomaban la postura favorita, de que no amaban al prójimo tanto como a sí mismos, y alegrándose indudablemente de que ninguna persona de su casa o de su particular afecto se hallara en el duro trance de Antonio Arregui, de Soledad y de Manuel Venegas...

Dos excepciones había en el pueblo, por lo tocante a recogerse temprano. Era una de ellas la botica de la plaza, que no se cerraba hasta las diez, y donde el *mancebo* o practicante que la regentaba (persona importantísima, que ha de figurar mu-

cho en el resto de nuestra historia) tenía tertulia de hombres solos, casi todos mozalbetes muy mal criados, bien que algo instruidos en materias asaz delicadas; y era la otra la casa de un antiguo *hijodalgo* (ya no se daba a nadie este título, ni existían los privilegios inherentes a él), hombre muy acaudalado y culto, grande admirador de Moratín, afrancesado en 1808 y en 1823, y miembro a la sazón de la sociedad secreta llamada Jovellanos; casa que no cerraba sus puertas hasta que, a las once, se retiraban las cuatro o seis personas de clase y de *ciertas ideas* a quienes se tenía la dignación de recibir después que cenaban los señores, o sea al punto de las nueve...

En la botica, o, mejor dicho, en la trasbotica, hablose largamente de la llegada del *Niño de la Bola*, no faltando ya quien supiera y contase (por acabárselo de oír a la hermana del ama de don Trinidad Muley) que éste había recibido quince días antes una carta del joven, fechada en Málaga (y sin señas, para evitar toda contestación), en que le decía, bajo el mayor secreto, que el sábado 5 de abril llegaría a la ciudad, para cuya fecha necesitaba que le hubiese tomado una casa muy buena y en muy buen sitio, y que se la tuviera algo amueblada; que Manuel Venegas era, por consiguiente (y no el nuevo deán, como se había contado), quien iba a vivir en aquella misma plaza en el antiguo edificio denominado Casa del Chantre; que ya estaba constituida en ella la susodicha hermana del ama de gobierno del cura, con el alto empleo de ama de llaves del hijo de don Rodrigo, en cuya calidad acababa de recibir las tres cargas de onzas, perlas, diamantes y rubíes que tanto había paseado por las calles el arriero; y, en fin, que nada había vuelto a saberse del *Niño de la Bola* desde que ya muy anochecido lo vieron unos guardas cruzar a escape por en medio de los sembrados de la vega, como si él o su caballo se hubiesen vuelto locos, pero que don Trinidad Muley andaba ya en su busca, caballero en una pollina, siendo de esperar —*de temer*, dijo el relatante— que, si lo encontraba a tiempo y conseguía calmarlo, no ocurriese *nada* por aquella noche...

Como todos los asistentes a la trasbotica tenían al dedillo la historia del casamiento de Soledad con Antonio Arregui, y sa-

bían quién era este sujeto, y estaban al tanto de las demás ocurrencias habidas en casa de don Elías Pérez desde que Manuel Venegas se ausentó de la población, no hubo para qué referir allí tales sucesos, y contrájose el resto de la velada a exponer cada cual el desenlace que a su juicio convenía mejor a aquella tragedia, en cuyo punto opinó *Vitriolo* (así le llamaban al mancebo) que «debían morir todos los personajes»; esto es, Manuel, Antonio, la *Dolorosa*, su madre y hasta, si venía al caso, el mismo don Trinidad Muley.

En cambio, y con motivo de hallarse presente una forastera (nada menos que hija de Madrid y prima segunda de un marqués, la cual había ido a la ciudad a vender sus últimas fincas, y estaba de huésped en casa del ilustre moratiniano, por habérsela recomendado en carta autógrafa uno de los ministros de entonces —miembro también de la citada sociedad secreta, al decir de los irritados esparteristas—), fue indispensable contar aquella noche en tan encopetada tertulia toda la vida y milagros de don Rodrigo, del usurero, de Manuel, de Soledad y de Antonio Arregui; tarea que desempeñó a las mil maravillas el propio dueño de la casa, académico correspondiente de la Lengua y doctor *in utroque iure*, llamado, por más señas, don Trajano Pericles de Mirabel y Salmerón, cuyos paganos e ilustres nombres de pila (digámoslo de pasada) daban claro a entender que su candoroso padre había sido, como otros muchos españoles del reinado de Carlos III, muy amante de la *Enciclopedia...* y juntamente del bautismo.

Comenzó, pues, tan autorizado sujeto por referir todo lo que nosotros hemos narrado en el libro segundo de la presente obra, o sea hasta el instante que Manuel Venegas se ausentó del pueblo después de la inolvidable escena de la rifa; y llegado que hubo a aquel punto crítico de su relación, bebió agua, tomó aliento y rapé, y continuó de la manera siguiente...

Pero antes de copiar lo que dijo no estará de más que nos fijemos un poco en la citada forastera..., y también en cierto jovenzuelo, de ella locamente enamorado, que a la sazón fluctuaba allí entre el suicidio y la gloria.